

LAS REVOLUCIONES DE 1854 Y 1856 EN MADRID

Guillermo G. CALLEJA LEAL
Doctor en Geografía e Historia
Profesor de la Universidad Europea de Madrid

Los antecedentes

EN el breve período que transcurre entre enero de 1851 y julio de 1854, el sistema de partidos estaba prácticamente *muerto* en España. Se trataba de un sistema que no funcionaba y que impedía el desarrollo normal de la vida política, regida por la Constitución moderada de 1845, y que estaba basado en un régimen de partidos que de hecho no existía.

Los progresistas, divididos ante el protagonismo de su líder, el general Joaquín Baldomero Espartero, duque de la Victoria, habían perdido su cohesión desde los tiempos de la regencia esparterista (1841-43) y todos los esfuerzos de hombres como Salustiano Olózaga y Cortina resultaron vanos para unificar el partido. Además, su corriente de izquierda había derivado hacia el republicanismo y la colaboración con el incipiente movimiento obrero originó el partido demócrata en 1849. No obstante, este grupo político radical no estaba en condiciones para asumir la gobernación del Estado y su desarrollo se vio frenado por la represión emprendida por el Gobierno moderado a raíz del estallido revolucionario de 1848.

En cuanto a los moderados, tras el fin de la Regencia y su triunfo sobre el progresismo, se mantuvieron en el poder durante el decenio de 1844-54; pero, tras este largo período, el partido saltó en pedazos. Si en un principio se escindió la derecha neoabsolutista de Manuel de la Pezuela y Ceballos, marqués de Viluma, descontenta con la carga *liberal* del moderantismo,

muy pronto le siguió la izquierda *puritana* de Pacheco, partidaria de un acercamiento hacia los sectores más conservadores del progresismo y contraria a la restrictiva Constitución moderada de 1845.

A lo largo de la década moderada, tuvo lugar una serie de maniobras emprendidas por la llamada *camarilla de Palacio*, que fue alejando del partido a un grupo de seguidores, como el conde de Cleonard, jefe del efímero *Gabinete relámpago* (18 al 19 de octubre de 1849), o el ambicioso conde de San Luis y líder de los polacos¹. De este modo, si el general Ramón María Narváez, duque de Valencia, había sido el líder indiscutido de los moderados, poco a poco éstos fueron perdiendo sus apoyos y se vieron obligados a abandonar el poder.

Es a partir de entonces cuando la llamada *generación de los desengañados* asumió el protagonismo. Eran moderados que, desde su primitivo liberalismo, evolucionaron hacia un doctrinarismo próximo a los postulados carlistas, como Donoso Cortés, o bien, se entregaron alegremente a la corrupción y al disfrute de sus prebendas con el convencimiento pleno de que la fuente de la que mana el poder se encontraba en los poderosos e influyentes círculos financieros y cortesanos a los que servían sin escrúpulo alguno.

Al primer grupo perteneció Juan Bravo Murillo, quien gobernó en clave tecnocrática, despreciando el poder político del Ejército, olvidando por completo la existencia de los partidos políticos y pretendiendo recortar su actuación futura mediante el retrógrado proyecto constitucional de 1852. En el segundo grupo se encontraban los sucesores de éste en la jefatura del Gobierno: el general Federico Roncali, conde de Alcoy; el general Francisco Lersundi; y, finalmente, Luis José Sartorius, conde de San Luis. Ninguno de estos últimos se molestó en mantener las apariencias, puesto que durante sus gobiernos se realizaron los negocios más escandalosos y la Constitución fue ignorada de forma sistemática². Este régimen dictatorial hará que los distintos adversarios acabaran por ponerse de acuerdo: de ahí que la Revolución de 1854 será una obra conjunta de moderados, progresistas y demócratas, atentos cada uno a su propio programa político, pero todos deseosos del retorno a la normalidad constitucional con el consi-

¹ Luis José Sartorius, conde de San Luis, era de origen polaco. De ahí que se llamara *polacos* a sus amigos y colaboradores, y *polucadas* a sus actos arbitrarios.

² En esto destacó el conde de San Luis. Cerró las Cortes cuando le convino, persiguió la prensa constitucionalista, detuvo a muchos políticos de la oposición y alejó, arbitrariamente, de sus puestos a los militares sospechosos de conspirar contra él.

guiente desarrollo de sus partidos y la garantía plena de los derechos de los ciudadanos³.

La Revolución de 1854

Tras unos decretos escandalosos sobre ferrocarriles, el 19 de septiembre de 1853 tuvo lugar el inicio del Gobierno del conde de San Luis, quien dio al general Anselmo Bláser la cartera del ministerio de la Guerra. Una de las primeras medidas de Sartorius fue autorizar el regreso de Narváez, que se encontraba en París. Por otra parte, cesó a Cañedo en la Capitanía General de Cuba y en su lugar puso a Pezuela con la instrucción de poner fin a la trata negrera (causa de las protestas continuas de Londres), y designó a Novaliches para Filipinas. Tras realizar estos dos acertados nombramientos, el Gobierno fue derrotado en el Senado el 9 de diciembre, ante lo cual, Sartorius cerró las Cámaras y gobernó por decreto.

A partir del cierre de las Cámaras se inició un período conspiratorio que culminará con la Revolución de 1854 y cuyo principal propósito será derrocar un régimen político que perseguía la libertad y la tecnocracia y que cada vez se parecía más al despotismo de Fernando VII. Además, la situación por la que atravesaba España era alarmante, ya que el hambre azotaba amplias zonas del país y, según el marqués de Turgot, embajador francés en Madrid, había *pueblos enteros fenecidos*⁴.

En cuanto a la Corona, empezó a cuestionarse el cambio dinástico y la embajada británica de Madrid constituyó el centro de una verdadera conspiración contra los Borbones. Así, cuando el embajador Howden se fue de vacaciones a París, el consejero Otway recibió primero la visita del general

3 ALONSO, José Ramón: *Historia política del Ejército Español*. Madrid, 1974, pp. 316-317. Afirma José Ramón Alonso que desde 1850 los cuatro gobiernos que sucedieron al de Narváez (Bravo Murillo, Roncali, Lersundi y Sartorius) habían ascendido por favor político a siete tenientes generales -entre ellos, al propio duque de Riánsares-; quince mariscales de campo y treinta y seis brigadieres, que no existiendo entonces los retiros, quedaban adscritos a los escalafones de activo; además de un teniente general de la Armada, cuatro brigadieres y doce capitanes de navío. En cambio, había oficiales del Ejército que seguían sin obtener ascenso alguno desde 1839 y continuaban en el escalafón de jefes y oficiales. No iba a resolverse este grave problema, sino que se agravaría con nuevas injusticias en los años siguientes, *con cierta orgía de generales y una insatisfacción de los mandos inferiores que no sería extraña a los posteriores sucesos políticos y castrenses*.

4 KIERNAN, V. G.: *La Revolución de 1854 en España*. Madrid, 1970. Nota n.º 8. Cita a Rico y Amat, el cual afirma que una quinta parte de la población de Almería y de Alicante emigró a Argelia; ALONSO, 1974, p. 314. Afirma con acierto que «*el crítico trasfondo social explica, aunque no justifica, el rabioso politicismo de los partidos y de los generales.*».

Facundo Infante, viejo progresista, que le comunicó que la revolución no había estallado porque se desconocía quién ocuparía el trono de Isabel II⁵; y semanas más tarde, Juan de la Concha le expuso que resultaría imposible dar el trono a un Braganza y conseguir así la unión peninsular, aunque sí podría darse al duque de Génova, hermano del rey de Cerdeña. Luego, el 4 de enero de 1854, el embajador británico recibió la visita del general marqués del Duero, quien le propuso a Pedro V de Portugal como candidato al trono de España; y aunque aprobó esta sugerencia, no logró el apoyo de lord Clarendon. En cuanto a la candidatura de Montpensier, resultaba completamente imposible.

El conde de San Luis, ante la votación adversa del Senado y teniendo conocimiento de todas estas conspiraciones, decidió no negociar con la oposición y, en cambio, optó por el empleo de los recursos más severos de ordenanza.

Narváez había reunido a un grupo de generales en su casa de Aranjuez y les aconsejó que se entendieran con O'Donnell, ofreciéndose por su parte *aportar a la obra revolucionaria la cooperación decisiva de los coroneles que mandaban los regimientos, y que le eran personalmente adictos*. En consecuencia, se formó un comité ejecutivo para dar el liderazgo a Narváez o a O'Donnell, y el conde de San Luis reaccionó destinando a los generales José y Manuel de la Concha a las islas Canarias y a O'Donnell a Palma de Mallorca; no obstante, José de la Concha huyó a Francia y O'Donnell se quedó en Madrid, donde permanecería oculto durante cinco meses. De este modo, Sartorius aprovechó para darles de baja en la lista de los tenientes generales.

El conde de San Luis continuó desterrando y destinando arbitrariamente a coroneles y generales⁶. La prensa de oposición al Gobierno fue duramente ahogada mediante multas, supresiones, destierros y encarcelamientos; y una ola de terror policial se extendió por toda España.

El 20 de febrero de 1854, debido a un error de los conjurados, el brigadier Howe se sublevó en Zaragoza y fue fusilado. Después continuó la destitución de generales, tanto progresistas como moderados (entre ellos, Moreno, Palafox, Van Halen y el barón de Meer), y se daba la Inspección General de Caballería al general Domingo Dulce que, aunque juró fide-

⁵ KIERNAN, 1970, p. 47. Comunicación confidencial de Howden a lord Clarendon de 4 de enero de 1854.

⁶ El conde de San Luis, en sus excesos antimilitaristas, acordó que los ministros civiles volvieran a usar casaca galonada y que llevaran bastones con borlas y puño de oro, como los oficiales generales.

dad al Gobierno y a la Reina, parecía hallarse ya entre los militares conjurados⁷.

El joven periodista malagueño Antonio Cánovas del Castillo, redactor del periódico *Las Novedades*, era el enlace entre Narváez y O'Donnell. Constituye aún un enigma el verdadero alcance de los compromisos de Narváez. Tan sólo sabemos que el general León y Medina se entrevistó con él, y que el líder de los moderados prometió algo más que su neutralidad, ya que aprobó el plan de los conspiradores y recomendó a León y Medina varios jefes y oficiales que le debían favores para que les hablase en su nombre. Sin embargo, más tarde dio marcha atrás en sus propósitos por su afecto al conde de San Luis y envió desde Loja una carta a O'Donnell en la que le decía: *Por razones que a su tiempo daré, no puedo asistir a los desig-nios de ustedes. No los apruebo. Los creo necesarios, pero no puedo auxi-liarlos. No es necesario que diga que el secreto quedará guardado en lo más oculto de mi corazón*⁸.

Era el momento en que Isabel II pudo haber reconducido la crisis llamando a O'Donnell o a Narváez para formar gobierno, pero no lo hizo⁹.

El Gobierno de Sartorius, no conforme con los numerosos destierros que había efectuado, exiló a Serrano a Arjona, a Manzano a Cuenca, a Noguera a Valladolid y a Zabala a Bayona, y metió en la madrileña cárcel del Saladero a Alejandro de Castro y a González Bravo. Mientras tanto, continuaron los *grandes negocios* en esta era dorada del fraude, el chanchullo y la corrupción.

En los últimos momentos, el general Dulce contactó con el general Gurrea, secretario de Espartero, en un intento de lograr su participación en la conspiración: sin embargo, el duque de la Victoria puso como condición que se declarara vigente la ya olvidada Constitución de 1837, cuando ya incluso resultaba muy complicado defender la de entonces.

⁷ BERMEJO, Ildelfonso Antonio: *La Estafeta de Palacio. Historia del reinado de Isabel II. Cartas transcendentales dirigidas a don Amadeo*. Madrid, 1873, tomo III, p. 412; FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, Fernando (General): *Mis memorias íntimas*. Madrid, 1966, tomo II, p. 263. Bermejo y Fernández de Córdoba opinaban que Dulce ya estaba en la conspiración militar; BUXÓ, Joaquín: *Domingo Dulce, general isabelino, vida y época*. Barcelona, 1962, vol I, p. 263 y ss. No opina lo mismo Joaquín Buxó, quien en su biografía sobre Dulce intenta demostrar su lealtad.

⁸ BERMEJO: 1873, III, p. 417. Años después, Narváez trató de demostrar ante el Parlamento, aunque con débiles argumentos, que no tuvo ninguna participación en la Revolución de 1854.

⁹ LLORCA, Carmen: *Isabel II y su tiempo*. Barcelona, 1971, p. 115 y ss. Carmen Llorca expuso que si la Reina no llamó a ninguno de estos dos generales fue porque temía que un nuevo jefe de Gobierno comenzaría por poner fin a la privanza de Mariano Ruiz de Arana, después duque de Baena, quien *por entonces tenía el corazón de la reina muy ocupado*.

La conspiración militar, dirigida por el general Leopoldo O'Donnell, conde de Lucena, contaba con la caballería del general director Domingo Dulce y Garay, y también con el apoyo moral de algunos moderados de corte puritano, como Antonio de los Ríos Rosas y el joven Antonio Cánovas del Castillo. Conviene añadir que tanto los progresistas como los demócratas se mostraron reticentes sobre el alcance político del golpe que se estaba gestando; y además, la mayoría de sus dirigentes habían sido detenidos en febrero. En cambio, no faltó la ayuda económica en la labor preparatoria del golpe, gracias a los préstamos aportados por algunos banqueros, como José M. Collado y especialmente Juan Sevillano.

Así pues, la Revolución de 1854 tuvo un origen doble: una conspiración militar dirigida por O'Donnell y alentada por políticos moderados de la línea puritana, y una conspiración progresista propicia a secundar cualquier golpe contra el gobierno del conde de San Luis mediante la insurrección urbana de las *barricadas*, de acuerdo con el ejemplo de París en 1848, y con la aprobación de la embajada británica en Madrid¹⁰. Tal como señala Vicente Palacio Atard¹¹, inicialmente no hubo concordancia en los preparativos, aunque las circunstancias hicieron que se interpusieran finalmente las dos líneas conspiratorias.

La conspiración militar, varias veces aplazada por las contadas adhesiones conseguidas, realizó un primer intento fallido de sublevación a mediados de junio, el día de San Antonio. El marqués de la Vega Armijo, sobrino de O'Donnell¹², condujo a su tío de su último escondite de la calle del Carbón al paseo de San Antonio de la Florida, donde se uniformó y en el mismo coche cubierto del marqués atravesó todo Madrid, para salir por la Puerta de Alcalá hasta los cerros de Canillas. Según lo convenido, allí se reuniría con: la caballería del general Dulce, que debería llegar de unas maniobras del Campo de Guardias; los regimientos de la guarnición de Alcalá de Henares, y el Regimiento del Príncipe, a las órdenes del general Echagüe. Pero, contra lo previsto, sólo acudió Echagüe al mando del Príncipe. El conde de Lucena, muy indignado, regresó a su escondite sin que nadie descubriese la intentona por ser muy temprano¹³. Y si esto puede

¹⁰ En esta ocasión, el principal extranjero que se entrometió no fue el embajador británico, sino el encargado de negocios norteamericano, Pierre Soulé, quien tenía instrucciones de procurar la cesión de Cuba a los EE.UU.

¹¹ PALACIO ATARD, Vicente: *La España del siglo XIX*, Madrid, 1978, pp. 285-286.

¹² En realidad, el marqués era sobrino de doña Manuela, esposa del conde de Lucena.

¹³ Al día siguiente del primer intento de sublevación, se puso en circulación un diario progresista radical, *La Iberia*, del periodista y boticario conquense Pedro Calvo Asensio. A su redacción se incorporará toda la plana mayor del progresismo joven, entre los que figuraban: el periodista Ángel Fernández de los Ríos; el ingeniero de caminos riojano Práxedes Mateo Sagasta (más interesado por la política que

resultarnos extraño, lo es aún más el que el Gobierno desconociese días después el segundo intento que estaba en marcha, cuando la conspiración ya se había extendido entre la policía y los cuarteles.

Entre el primer y el segundo pronunciamiento del mes de junio de 1854, O'Donnell se presentó en el domicilio de Ángel Fernández de los Ríos, donde se reunía la principal *junta* conspiratoria (había otras dos en Madrid) y reprendió duramente a sus miembros, sobre todo, a los enlaces con los dos regimientos que no acudieron a los altos de Canillas¹⁴.

Mientras tanto, el diario satírico *El Murciélago*¹⁵, cuyos redactores secretos conocían la trama y el fracaso del primer pronunciamiento, proseguía en sus duros ataques al Gobierno por sus polacadas y alimentaba la indignación popular informando sobre: la rehabilitación del infante don Enrique, ofrecida por Sartorius a Salamanca; la concesión arbitraria de la línea de ferrocarril Aranjuez-Toledo al general Fernández de Córdoba y dos socios recomendados por Salamanca; la exigencia anticipada de un semestre de contribución urbana y rústica, que había provocado mítines locales, y el mayúsculo escándalo de la estación y línea del Norte, que sería la denuncia más grave para el estallido revolucionario final.¹⁶

por la ingeniería), y el joven catalán Francisco Pi y Margall, aficionado a la historia y al periodismo, adscrito al federalismo proudhoniano y autor de un libro de dicha tendencia y de gran difusión: *La reacción y la revolución*. Todos estos jóvenes simpatizaban con la línea demócrata del progresismo y ya exponían sus serias dudas sobre la idea monárquica.

¹⁴ Al día siguiente, el general O'Donnell, que había intentado la colaboración del general Narváez para su pronunciamiento, pero al no obtener desde Loja más que un intrascendente acuse de recibo, optó por la difícil colaboración con el general Espartero y ordenó a Ángel Fernández de los Ríos, principal enlace de la *junta* con los progresistas, que con sus agentes desencadenara la revuelta civil en los barrios bajos de Madrid en combinación con el próximo pronunciamiento militar.

¹⁵ *El Murciélago* era un periódico satírico orlado de negro, sin redacción aparente ni pie de imprenta. Puntualmente era repartido de forma clandestina por la noche y denunciaba con todo detalle los grandes negocios del conde de San Luis, la Reina Madre y el marqués de Salamanca. Nadie sabía que este diario pertenecía al joven Antonio Cánovas del Castillo y a Luis González Bravo, y a pesar de las tupidas redes de información del conde de San Luis, María Cristina y el marqués de Salamanca, no fue detenido ni un solo repartidor. *El Murciélago* provocaba la indignación popular al ofrecer noticias escandalosas, como por ejemplo: la comisión de cincuenta mil reales que pagó la naviera Sangroníz de La Habana al conde de San Luis, la desaparición de cuadros del Patrimonio que estaban en la colección particular de la Reina Madre en su palacio de las Rejas, o los ingresos substanciosos del duque de Riánsares en la Administración de Correos. Cabe destacar que este diario satírico fue uno de los protagonistas principales de la caída del Régimen en las jornadas de julio de 1854.

¹⁶ La entrada natural a Madrid de las líneas ferroviarias procedentes de Francia a través de Castilla la Vieja, debería ser Cuatro Caminos por su situación y acceso llano sin desniveles. Sin embargo, se prefirió situar la estación al pie de la Montaña del Príncipe Pío, en lo más hondo de una depresión natural que luego hay que salvar pendiente arriba para llegar a la zona densa y cerrada de Madrid. La línea escogida tenía que dar un gran rodeo por encima de cuatro posesiones de la Corona: la Casa de Campo (a la que arrebató un buen trozo), El Pardo, La Florida y la Montaña del Príncipe Pío, con cuantiosas com-

El segundo pronunciamiento estalló en la madrugada del 28 de junio de 1854, al no fallar las unidades comprometidas. El general Dulce, director de Caballería, reunió a sus regimientos en el Campo de los Guardias con el pretexto de hallarse de maniobras, ya que a última hora el general Bláser, ministro de la Guerra, había vuelto a desconfiar de él, y tras arengar a sus tropas, marchó sobre Alcalá de Henares. Allí le esperaba el general O'Donnell aún vestido de paisano con un batallón de Infantería del Príncipe, sublevado de nuevo por el general Echagüe. Toda la guarnición de Alcalá se sumó al pronunciamiento cuando O'Donnell dirigió a los regimientos formados una breve pero durísima arenga contra la intolerable corrupción del régimen moderado; no obstante, en todo momento se mostró fiel y respetuoso con la reina Isabel II. Pronto se incorporó en Alcalá la caballería de Dulce y algunos políticos (entre ellos, el joven demócrata Cristino Martos). Entre los jefes concentrados en Alcalá, sólo el coronel conde de la Cimera, que estaba al mando de los escuadrones de Santiago, se negó a sumarse a la rebelión, y se presentó ante O'Donnell para notificárselo acompañado por su hijo, oficial de una unidad. No hubo represalias, pues permitió caballerosamente que partieran hacia Madrid, donde informaron minuciosamente sobre el pronunciamiento de Alcalá de Henares.

El conde de San Luis intentó la resistencia con dos medidas: hizo regresar a Isabel II desde El Escorial, a donde había ido el 26 de vacaciones, y ordenó una parada militar. La Reina quiso presentarse en Alcalá para invocar la fidelidad de los rebeldes, pero Sartorius supo persuadirla y le aconsejó que entrase en Madrid por el recinto donde se celebraba la popular verbena de la Paloma. Así lo hizo, siendo aclamada por miles de madrileños. En cuanto a la parada militar, se realizó en la Plaza de Oriente, frente al Palacio Real; sin embargo, fue correspondida por un público muy escaso e inquieto, y tanto el silencio de los soldados como el de cuantos presenciaron el desfile demostraron que la moral de las tropas gubernamentales y el pueblo de Madrid no sintonizaban con el Gobierno¹⁷.

Durante todo el día 29, las *tropas libertadoras* (así las llamaba O'Donnell) se prepararon en Alcalá para marchar sobre Madrid con la esperanza de repetir el victorioso avance de Narváez desde Torrejón de 1843. Pero el general Bláser, ministro de la Guerra, y el Capitán General de Madrid, Lara,

pensaciones para la Corona. La compañía que obtuvo la concesión llegó a pagar cincuenta mil duros por cada kilómetro de vía tendido a través de las fincas. Un verdadero escándalo de proporciones enormes que *El Murciélago* explicó con todo detalle y que encolerizó al pueblo de Madrid.

¹⁷ KIERNAN, 1970, p. 57.

disponían de un eficaz servicio de información que detectó la marcha de aproximación enemiga desde la mañana siguiente sobre las lomas de Vicálvaro, en las afueras de Madrid. El plan de O'Donnell consistía en hacer una demostración de fuerza para intimidar al Gobierno y suscitar la rebelión popular en los barrios bajos al acercarse a éstos desde el foso del Manzanares.

El día 30, Bláser se puso al frente de una columna de unos cinco mil hombres, formada por algunas unidades de Infantería, todas las unidades de Artillería de la guarnición de Madrid y el famoso Regimiento de Caballería Ligera de Villaviciosa, y tomando excelentes posiciones en las inmediaciones de Vicálvaro, cerró a los rebeldes el camino a la capital por el puente de Vallecas.

La llamada *batalla de Vicálvaro*, más conocida popularmente como *la Vicalvarada*, se inició a las cuatro de la tarde y fue un combate estéril con un planteamiento táctico absurdo: la carga de la caballería de O'Donnell contra la artillería y la infantería de Bláser; en fin, cargas de caballería contra descargas de artillería y fusilería¹⁸. Los regimientos de Caballería de Dulce tuvieron que retirarse por los disparos de las baterías de Lara, y luego sufrieron una carga de flanco por parte del Regimiento de Caballería Ligera de Villaviciosa, que obligó a O'Donnell a tener que dar la orden de retirada.

Reagrupadas las fuerzas rebeldes, O'Donnell ordenó un segundo ataque. La columna gubernamental mantuvo una defensa compacta, bien dirigida por el ministro de la Guerra, y cuando los lanceros de Dulce realizaron la carga y se hallaban a unos veinte pasos de las baterías, los cañones vomitaron su metralla a bocajarro. Fue entonces cuando O'Donnell, tras tres horas de vanos esfuerzos, ordenó de nuevo el toque de retirada y optó por retirarse a Aranjuez por la ruta de Andalucía, y el capitán general Lara convenció al ministro de la Guerra para que renunciase a la persecución del enemigo por lo avanzado de la tarde.

Bláser decidió retirarse a Madrid¹⁹ y las fuerzas populares de Madrid llegaron a movilizarse. Uno de los jefes vencedores, el conde de Vistahermosa, tuvo la rara ocurrencia de entrar triunfante por la Puerta de Alcalá blandiendo una lanza ensangrentada como trofeo de la victoria. Desde entonces, todo el pueblo de Madrid le llamó con malicia *Longinos*.

¹⁸ O'Donnell, en principio, no deseaba presentar combate, pero le forzaron sus subordinados.

¹⁹ Se trataba de dos columnas militares y no de verdaderos ejércitos. Si a este encuentro pudiéramos llamarle *batalla*, tendríamos que decir que fue una batalla incruenta, ya que entre ambos bandos contendientes no hubo ni un centenar de bajas, y en su mayoría fueron heridos.



Tropas del general O'Donnell durante los sucesos de la «vicalvarada»

En definitiva, lo que sucedió en Vicálvaro no fue más que la acción pasiva de unas fuerzas sublevadas que quizás pudieron haber vencido en combate de no haberse visto obligado O'Donnell a realizar una carga inútil de su caballería sobre la artillería y los infantes del Gobierno, sólo comparable -aunque con pocas bajas- a la acción estéril de la Brigada Ligera en la célebre batalla de Balaclava. No obstante, cabría señalar que también pudo haberse resuelto la acción militar a favor de los sublevados al atardecer, cuando la infantería que mandaba Bláser (el general inspector de Infantería Fernández de Córdoba observó la acción sin participar en el combate) regresó a Madrid y se tiroteó entre sí.

La *Vicalvarada* fue ganada en justicia por las tropas gubernamentales, ya que los veintitrés escuadrones rebeldes se vieron impotentes para romper la resistencia de las fuerzas del general Bláser, aunque luego ambas fuerzas contendientes se atribuyeran la victoria. Pero, a pesar de la derrota de las fuerzas sublevadas, esta acción cambiaría el rumbo de la política en España, ya que significó el inicio de la Revolución de 1854.

Tras la iniciativa militar dio paso a una acción política de desgaste, en la que ambos bandos esperaban la decisión del contrario. No hubo levantamiento popular como queda dicho, ni tampoco sublevaciones en las guarniciones de provincias; pero los días del Gobierno estaban contados. Acto seguido, O'Donnell redactó un primer manifiesto que fue llevado a Madrid por Miláns del Bosch, pero cayó en el vacío al carecer de todo género de reivindicaciones populares y pasionales.

O'Donnell, con sus generales y jefes pronunciados, se retiró por Aranjuez hacia el interior de La Mancha y acampó con sus tropas en la villa de Manzanares. Allí se le agregó Serrano, Capitán General de Granada, sin tropa, y tan sólo con sus ayudantes y un criado²⁰, aunque con ideas que cambiarían el signo de los sucesos nacionales, ya que Serrano seguía unido al progresismo de manera fluctuante y siempre interesada²¹. Antonio Cánovas del Castillo, joven periodista malagueño dispuesto a irrumpir en la política española, se hallaba presente en la reunión y fue quien tomó la iniciativa en Manzanares encargándose de la redacción del famoso manifiesto de este nombre, con el que se pretendía aglutinar a moderados y progresistas con-

²⁰ BERMEJO, 1873, p. 419. Serrano llegó a Manzanares sin tropas, pero influyó de forma decisiva en la orientación progresista del Manifiesto de Manzanares; VILLAURRUTIA, Marqués de: *El general Serrano, duque de la Torre*. Madrid, 1929, p. 96. El marqués de Villaurrutia afirma que éste se realizó de forma precipitada, ya que Valladolid y Barcelona se sublevaron antes de conocerlo; aunque, sin duda, fue el punto de arranque de la sublevación popular de Madrid.

²¹ ALONSO, 1974, pp. 317-318.

tra el conde de San Luis y sus *polacos*²². Dicho manifiesto revolucionario, firmado por O'Donnell, a menudo ha sido concebido como una invitación a los progresistas para que se sumaran a la sublevación; aunque, en realidad, se trató de una invitación informal, sin ofertas de compromisos, pero con el fin esencial de ejercer un efecto psicológico en la masa popular, invitando a que se formaran juntas subversivas. De este modo, los cinco “*queremos*” fueron los que modificaron la sublevación de Vicálvaro en sentido progresista²³:

Queremos la conservación del trono, pero sin la camarilla que le deshonra.

Queremos la práctica rigurosa de las leyes fundamentales.

Queremos la rebaja de los impuestos.

Queremos que se respeten en los empleos militares y civiles la antigüedad y los merecimientos.

Queremos arrancar a los pueblos de la centralización que los devora, dándoles independencia local; y como garantía de todo esto, queremos y planteamos bajo sólidas bases LA MILICIA NACIONAL²⁴.

El Manifiesto de Manzanares se transcribió en papel de fumar para esconderlo mejor, fue impreso en Jaén por disposición de Serrano, repartido en La Mancha y muy divulgado en Madrid. No era ya una simple exposición de unos generales contra el Gobierno, sino una suma de reivindicaciones populares contra un poder que infringía la Constitución y las leyes.

El efecto del manifiesto fue fulminante. Mientras estaban preparados los carruajes de la Reina en Palacio para su posible huida a Francia, estalló

²² FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor: *Cánovas, su vida y su política*. Madrid, 1951, p. 74. O'Donnell recompensará a Cánovas nombrándole auditor de guerra el 1 de agosto de 1854, y haciéndole elegir diputado por Málaga en el mismo año. Precisamente, éste será el comienzo de la carrera política del futuro jefe del partido conservador.

²³ SEVILLA ANDRÉS, D.: *La Revolución de 1854*. Anales de la Universidad de Valencia, vol. XXXIII, cuaderno III, 1959-1960, p. 110 y ss. El profesor Sevilla Andrés, profundo conocedor de la revolución de 1854, afirma que el Manifiesto de Manzanares no sólo apelaba a la Milicia Nacional y a las juntas, sino que invocaba el principio constituyente para las futuras Cortes, a fin de que *la misma nación establezca las bases definitivas de la regeneración liberal a que aspiramos*. De ahí que, el contenido del manifiesto fue lo que convirtió aquel pronunciamiento en una verdadera revolución. No obstante, el profesor José Luis Comellas opina que no fue una invitación, ya que el texto no presenta ningún contenido doctrinal progresista, salvo la restauración de la Milicia Nacional.

²⁴ Cánovas era consciente, muy a su pesar, de que las masas del progresismo urbano sólo se alzarían ante la invocación de la Milicia Nacional, disuelta tras la huida de Espartero en 1843. Aunque el Manifiesto de Manzanares evitaba con gran cuidado la amenaza de represalias, no gustó a los moderados, pero hizo que los progresistas se decidieran a participar en la revolución.

en Madrid una sublevación en el cuartel de Extremadura, y aunque Isabel II impuso personalmente las charreteras de subteniente al cabo Domínguez por haber hecho abortar dicho motín, la misma soberana llamó a Palacio en la noche del 3 al 4 de julio al General Inspector de Infantería, Fernández de Córdoba, para ofrecerle la formación de gobierno, pero sin que se llegara a una resolución.

A partir del día 14 de julio la revolución adquiere un nuevo incremento, y son precisamente los progresistas quienes toman ahora la iniciativa. Cuenca se subleva con el coronel Buceta y muchas capitales de provincia siguen su ejemplo. En Barcelona, donde la situación se complica simultáneamente con varios conflictos obreros, las tropas del coronel Manso de Zúñiga confraternizan el 14 de julio con grupos populares y, por fin, el Capitán General Ramón de la Rocha se declarará contra el Gobierno. En los días 15 y 16 ocurre algo parecido en Valladolid y Valencia, donde las guarniciones y los grupos de paisanos también se suman a la revolución. Y el 17 de julio en Zaragoza, el general Gurrea, antiguo esparterista, y el banquero Bonil, son los agentes principales de la sublevación, a la que se adhiere el Capitán General Felipe Rivero.

En Madrid, el día 15, el conde de San Luis dictó una orden telegráfica para que en todos los regimientos se ascendiese a un primer comandante, un segundo, seis capitanes, trece tenientes, seis subtenientes, un capellán, seis sargentos primeros y dieciocho sargentos segundos. Pero fue una acción a la desesperada un tanto tardía, ya que el motín, iniciado por un movimiento conservador, se transformaría de una insurrección del pueblo y del Ejército a un verdadero levantamiento nacional²⁵.

Al amanecer del día 17 estalló la revolución en Madrid. Francisco Martínez de la Rosa arengó a las masas congregadas en la plaza del Progreso, tal como lo hizo años antes, en 1820. Aquella misma mañana, otro veterano de las agitaciones pasadas, el anciano general Evaristo San Miguel y Valledor, constituyó su *junta* conspiradora en el Ayuntamiento como *gobierno provisional*, tratando así de contrarrestar las otras dos *juntas* populares que soliviantaban los barrios bajos y ordenaban alzar barricadas. A la una de la tarde, Sartorius, que sabía que la revolución era contra su persona, se presentó en Palacio para ofrecer su dimisión a la Reina y marchó de inmediato con sus polacos a la embajada francesa, junto a la Cuesta de la Vega, donde el marqués de Turgot le dio asilo caballerosamente. A la vez

²⁵ FERNÁNDEZ DE CORDOBA, 1966, II, p. 272.

que dimitía Sartorius, la Reina encargaba al general Fernández de Córdoba que formara gobierno.

Mientras tanto, la anarquía se iba adueñando de las calles madrileñas. Las sociedades secretas llevaban semanas preparando el alzamiento, y al saberse en la logia del pretil de los Consejos (dirigida personalmente por Calatrava) la noticia de la dimisión del conde de San Luis, numerosos agitadores armados se dispersaron por Madrid y muchos de ellos se concentraron en la Puerta de Alcalá para soliviantar al público que salía de la plaza de toros a la caída de la tarde.

A las nueve de la noche, el general Fernández de Córdoba, sin ministros, juraba en Palacio y pasaría luego toda la noche sumido en indecisiones y sin hallar ministros que le respaldasen²⁶. Un número extraordinario de *La Gaceta de Madrid* publicó la noticia de la dimisión del conde de San Luis haciéndole alabanzas desmesuradas, lo que indignó aún más a los revolucionarios. Grupos armados, cada vez más hostiles, se dispusieron a alborotar frente al palacio de las Rejas, residencia de María Cristina (los duques de Riánsares habían huido al Palacio Real) y situado en la calle de Torija²⁷; la casa-palacio desierta del conde de San Luis, ubicada en la calle del Prado, y la casa-palacio del marqués de Salamanca, situada en la calle de Cedaceos y defendida por su amigo el coronel De la Gándara. Fernández de Córdoba intentó entonces restablecer el orden sacando las tropas de la guarnición a la calle, pero se vio completamente desbordado por el ritmo de los sucesos revolucionarios.

Un sargento de la Milicia al frente de un grupo de revoltosos ocupó el Gobierno Civil, de donde sacó cuatrocientos fusiles que fueron inmediatamente repartidos. Una muchedumbre armada acudió al Ayuntamiento, donde se había instalado una *junta* de la facción demócrata con Nicolás Salmerón y los periodistas Corradi y Coello. También había otra *junta*, muy popular, que controlaba el sur de Madrid, esto es, los barrios próximos a la castiza plaza de la Cebada, y que se declaraba a favor del general Espartero; y la *junta* republicana organizada en el Círculo de la Unión por el demagogo marqués de Albayda. Para poder luchar contra las turbas y la anarquía dominantes, el general Evaristo San Miguel se trasladó a la casa-palacio del banquero Juan Sevillano, marqués de las Fuentes del Duero, con

²⁶ *Ibidem*, p. 281. Resultó que el gobierno nonato del general Fernández de Córdoba tan sólo disponía de doce mil reales en las arcas de Hacienda.

²⁷ El palacio de las Rejas se hallaba en la calle de Torija y no en la cercana calle de las Rejas, como pudiera pensarse y donde hubo otro palacio. En la actualidad es un convento de las Reverendas Madres Reparadoras y en su fachada puede admirarse un magnífico escudo que es el de los duques de Riánsares.

amigos progresistas como Fernández de los Ríos, demócratas como Ordax Avecilla y odonnellistas como el marqués de la Vega de Armijo, y todos ellos se constituyeron en una junta más aristocrática que las anteriores, llamada *La Junta de Salvación, Armamento y Defensa*, bajo la presidencia del propio general San Miguel. En cuanto al Ejército adicto al Gobierno, éste intentaba por todos los medios contener al pueblo de Madrid en una lucha callejera en la que hubo más de doscientos muertos y numerosos heridos.

Durante el día 18 aparecieron las barricadas en las calles y plazas de Madrid. Con grandes dificultades logró formarse un Gobierno presidido por el duque de Rivas (17 al 19 de julio de 1854), en el que figuraban algunos ministros progresistas y con el general Fernández de Córdoba en el ministerio de la Guerra, pero no logró restablecer el orden.

Los dirigentes de la *junta* democrática marcharon audazmente a Palacio, siendo recibidos con cortesía por la propia Reina y el general Fernández de Córdoba, quienes les animaron a que calmaran al pueblo. El jefe de Gobierno, por su parte, ordenó sacar de la cárcel al coronel Garrigó, preso desde el combate de Vicálvaro y condenado a muerte por traidor, le indultó y a su vez le pidió que actuara como mediador ante unas turbas que no le harían el menor caso.

Aquel trágico 18 de julio, por la noche, la confusión era completa en Madrid. Los revoltosos tomaron al asalto la casa-palacio de Sartorius, la casa-palacio del marqués de Salamanca y el palacio de las Rejas de María Cristina, que fueron saqueados e incendiados, perdiéndose numerosas obras de arte. Además, fueron asaltados los domicilios de los *polacos* Esteban Collantes y Doménech, así como también el palacio del conde de Vistahermosa, el famoso *Longinos*.

La plaza de la Cebada, como otras veces, constituyó el centro de la revuelta popular. Allí llevaron sobre un colchón a rastras al odiado jefe de la Policía de Madrid, Francisco Chico²⁸, que fue sacado de un escondite de su casa de la Plaza de los Mostenses, y en un lugar próximo a donde se alzó el patíbulo del general Rafael de Riego y Núñez en 1823, fue salvajemente apaleado y entregado después por el torero Pucheta²⁹ a un grupo de mujeres exaltadas que le despedazaron sin piedad.

²⁸ Francisco Chico era un personaje aborrecido por los madrileños debido a su carácter despótico y grosero. Su pinacoteca era famosa y había instalado su *harén* particular en una casa de las afueras de Madrid.

²⁹ José Muñoz Pucheta, mitad héroe popular y mitad torero, era más conocido como agitador político que por su arte como matador de toros, aunque su verdadero oficio era el de carnicero del muy castizo mercado de la Cebada. En julio de 1854 ejerció una gran influencia en la *junta* democrática del barrio de Toledo que, con la creada por Juan Sevillano —más aristocrática—, se adueñaron de las calles de Madrid y llegaron a asaltar las residencias de San Luis, de Salamanca y de la Reina Regente. A Pucheta se le atribuyó el asesinato del mencionado jefe de la Policía de Madrid, Francisco Chico; sin embargo, no fue encarcelado.

Cuando las turbas revolucionarias se preparaban ya para el asalto al Palacio Real, apareció providencialmente el general Evaristo San Miguel, alzado en una silla, y a cuyo paso todos se descubrieron con respeto y afecto. La presencia y las palabras del anciano general lograron calmar a aquellas gentes embravecidas y con ello logró así salvar a la reina Isabel II y al trono. Inculpó con dureza al torero Pucheta, jefe natural de aquellas gentes, y le redujo a la obediencia. Luego, destituyó a la *junta* republicana organizada por el marqués de Albayda en el Círculo de la Unión, a la democrática del Ayuntamiento y a la de Pucheta en un cuartel de la calle de Toledo. De este modo el general Evaristo San Miguel se hizo dueño de la situación en Madrid³⁰ con el respaldo de la *junta* del banquero Juan Sevillano.

Así pues, aunque la actuación inicial en la revolución correspondió a los generales moderados Leopoldo O'Donnell y Domingo Dulce, quienes se pusieron al frente de las tropas sublevadas, como también a la aportación decisiva de los demócratas al levantamiento popular del mes de julio en Madrid (lo que precipitó el proceso revolucionario), fueron en definitiva los progresistas quienes tomaron la iniciativa y se beneficiaron del triunfo en aquellas jornadas revolucionarias y, precisamente, por encontrarse en mejores condiciones para subir al poder.

En efecto, el partido moderado había quedado completamente quebrantado y desprestigiado al término de su década, y su líder, el general Narváez, ni siquiera había participado en la sublevación. En cuanto a los demócratas, éstos carecían por completo de experiencia política y su izquierdismo les hacía incompatibles con el orden de cosas que tanto a la Corona como a los otros partidos estaban dispuestos a mantener. Por otra parte, a estas circunstancias se unía el hecho de que los progresistas, como vimos, tuvieron la gran habilidad de asumir la dirección del movimiento en Madrid mediante la mencionada Junta de Salvación, Armamento y Defensa, presidida por el general Evaristo San Miguel, y se presentaron como un verdadero escudo protector de la monarquía isabelina frente a las enfurecidas masas urbanas.

³⁰ CIERVA Y HOCES. Ricardo de la: *El Triángulo*. Barcelona, 1990, vol. II, pp. 193-194. Aquella trágica noche madrileña, cuando la guardia vigilaba las barricadas que defendían los accesos a los barrios bajos y al extenso caserío chispero de Maravillas, el banquero José de Salamanca, disfrazado de fogonero, marchó con su familia a la estación de Atocha, y empuñando los mandos de una locomotora, huyó hasta la terminal de la línea, cerca de Albacete. En su huida, Salamanca pasó por una extensa dehesa boyal, casi abandonada, llamada *Los Llanos* y al llegar a Albacete la compró ante notario. Ni en situaciones tan críticas perdía la ocasión de hacer negocio. Luego, fue detenido por la Benemérita en Albacete y entregado a la junta local. Dos horas después, sobornó a la *junta* en pleno e incluso obtuvo de ella un salvoconducto y escolta hasta Gibraltar, de donde escapó hacia Francia. Al llegar por fin a París, halló un telegrama del general Espartero pidiéndole que regresara urgentemente a Madrid, lo cual hizo.

Una situación bastante análoga había atravesado Francia en la revolución de 1848, cuando una explosión popular contra el mal gobierno había destronado a Luis Felipe de Orleáns y supuesto la proclamación de la II República, presidida por Carlos Luis Napoleón Bonaparte³¹. En medio de la confusión general, la reina Isabel II no quiso llamar a su fiel O'Donnell y, temerosa de que pudiera ocurrirle algo similar, se puso en tratos con la *junta* presidida por el anciano general San Miguel, a quien nombró Capitán General, lo que puso término a las jornadas revolucionarias de julio. Envió un telegrama a Espartero, que se hallaba en Zaragoza, con frases muy amables y reclamando su presencia necesaria en Madrid.

El duque de la Victoria, al tener noticias de la sublevación de Madrid, había partido el 18 de julio de Logroño a Zaragoza para asumir desde allí la jefatura moral y política de la Revolución de 1854. Al recibir el telegrama de la Reina, contestó con otro exigiendo un cambio total de la alta servidumbre de Palacio y una retracción formal de la propia Reina.

Pasaron unos días de tira y afloja entre Isabel II y Espartero. Mientras tanto, O'Donnell avanzaba con cautela por la carretera de Andalucía para esconderse en Madrid y no provocar una nueva reacción militar del Gobierno presidido nominalmente por el duque de Rivas, quien aconsejó a la Reina que cediera a las exigencias de Espartero. El 26 de julio, Francisco Pareja se encargó de redactar el manifiesto que firmó la reina Isabel II y que comenzaba: *Una serie de deplorables equivocaciones ha podido separarme de vosotros*. Ese mismo día, Espartero y O'Donnell decidieron hacer su entrada en Madrid dos días después y así lo anunciaron, cediendo el segundo con gran discreción toda la gloria al primero, y preparando en secreto la toma del poder.

El documento firmado por la Reina como un *mea culpa* sirvió de colofón a los episodios de la triunfante Revolución de 1854 y supuso una dura humillación para la Corona. Sin embargo, los acontecimientos siguieron un curso inverso a los de 1843, cuando Narváez se hizo con el poder. En aquella fecha, los progresistas alzados contra el gobierno progresista tuvieron que aceptar la ayuda de los moderados; y ahora, los moderados sublevados contra el gobierno moderado, tuvieron que ponerse en manos de los progresistas, que fueron los verdaderos vencedores de la revolución. También hubo otra diferencia: en 1854, por vez primera, Madrid impuso a la Nación un cambio fundado en la violencia popular, ya que la *revolución de las*

³¹ Años después, el presidente Carlos Luis Napoleón Bonaparte (hijo de Luis Napoleón y sobrino de Napoleón I), mediante un golpe de Estado, se hizo proclamar emperador con el nombre de Napoleón III (1852-70).

barricadas quiso parecerse a las revoluciones de París y a su efecto sobre toda Francia³².

El bienio progresista

El Gobierno nacido de las jornadas revolucionarias de julio de 1854 inició su andadura bajo los mejores auspicios. El general Espartero fue aclamado en todos los pueblos por donde pasó en su marcha triunfal a la capital de España. El día 26 de julio, al anunciarse su regreso, se deshicieron todas las barricadas de Madrid y, finalmente el 28, hizo su entrada en Madrid por la carretera de Aragón, pasando a media mañana bajo el arco triunfal de la Puerta de Alcalá en un landó cubierto³³ y vestido con frac. La multitud progresista rodeaba el coche que conducía a su líder, custodiado por veteranos uniformados de la Milicia Nacional, y descendió bulliciosa por la calle de Alcalá, donde la Junta de Salvación, Armamento y Defensa había sustituido los rótulos de la calle Barquillo por los de *calle del Duque de la Victoria*, que permanecerían durante el siguiente bienio.

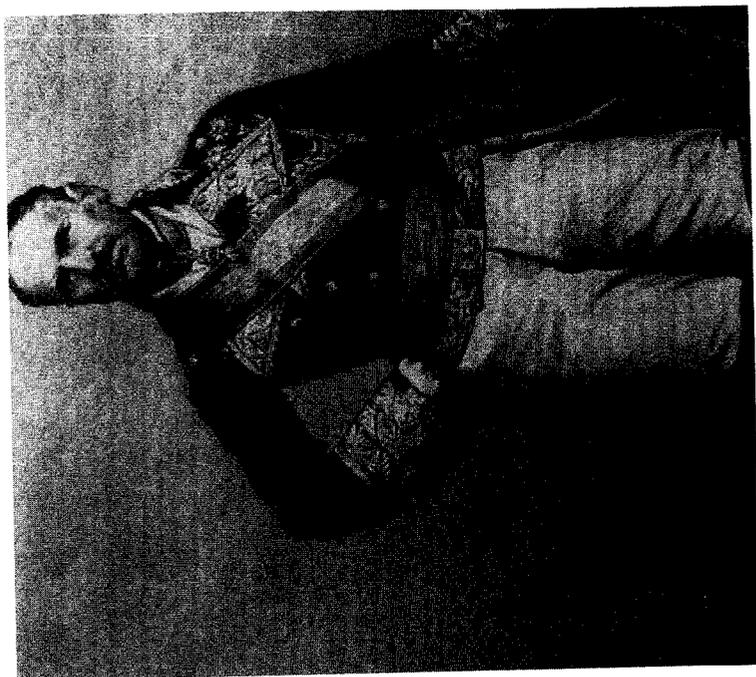
Luego, al entrar en la Puerta del Sol, Espartero descendió del carruaje y a duras penas pudo moverse entre aquella multitud que le aclamaba de forma entusiasta para dirigirse por la calle Angosta de Majaderitos hacia el pasaje de Matheu, donde el opulento comerciante había engalanado su mansión y sus almacenes en honor de sus dos ilustres huéspedes: Espartero y O'Donnell. Allí, en la puerta, esperaba O'Donnell a Espartero, y tras subir ambos al piso principal, se asomaron al balcón-terracea que daba al centro de aquel estrecho pasaje, para fundirse en un abrazo público. Tras almorzar con el anfitrión, Espartero subió de nuevo a su landó y prosiguió su marcha triunfal escoltado por el pueblo enfervorecido al lujosísimo palacio de la Cruzada, situado en la plaza del conde de Barajas, y que será su residencia durante los dos años siguientes³⁴.

Aquella misma tarde, Espartero y O'Donnell se dirigieron al Palacio Real para visitar a la Reina, quien les encargó que formaran gobierno allí mismo: Espartero en la Presidencia, O'Donnell en Guerra y Pacheco en

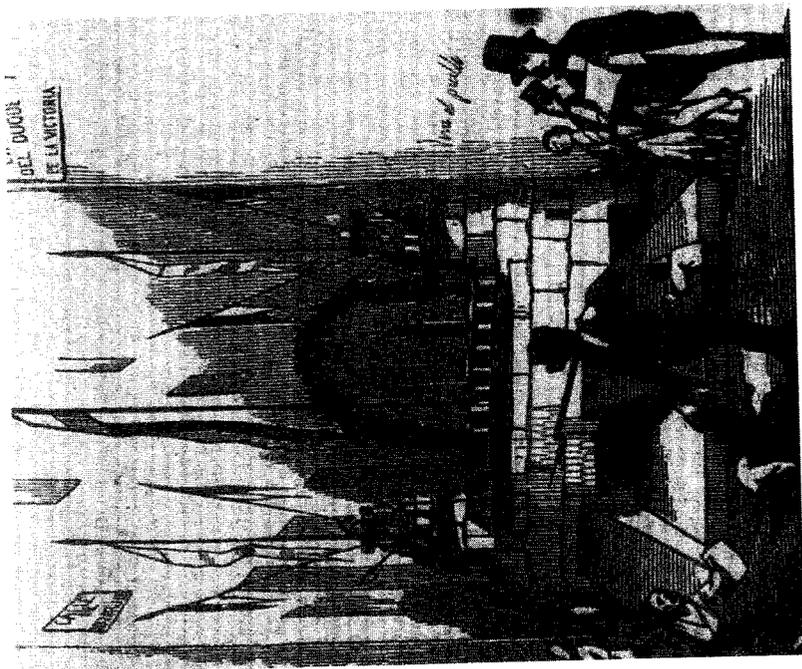
³² SEVILLA Y ANDRÉS, D.: *Historia política de España (1800-1873)*. Madrid, 1974, 2.ª edición, p. 197; PALACIO ATARD, 1978, p. 288.

³³ Landó: Coche de cuatro ruedas, con capota delantera y trasera, para ser usado cubierto o descubierto.

³⁴ El comisario Santaella, en un alarde de ostentación, había colocado escudos de plata en el portalón de este palacio.



General Espartero



La calle Barquillo engalanada el día de la entrada de Espartero en Madrid, 1854

Estado. Ambos líderes, que un mes antes no tenían ni un solo soldado a sus órdenes, se abrazaron de nuevo públicamente en el balcón del Palacio Real y saludaron a la muchedumbre que les aclamaba como héroes.

El vecindario madrileño tributó a Espartero aquella acogida clamorosa por haber prometido: convocar Cortes Constituyentes, volver a poner en vigor los derechos que habían sido atacados por los gobiernos anteriores (como el de libertad de prensa y el de reunión y asociación) y dar existencia legal a la Milicia Nacional. Como contrapunto, la cólera del pueblo se desplazó hacia la Guardia Civil, que con tanto heroísmo había resistido la revuelta popular, y de ahí que una de las primeras medidas del nuevo régimen fuera precisamente destituir al general duque de Ahumada y nombrar para el mando vacante al general progresista Facundo Infante.

Resulta curioso que la Revolución de 1854, con cierto signo progresista y que nunca tuvo nada de social, estuviera desde un principio financiada en gran parte por el banquero Juan Sevillano, contra otro banquero, José de Salamanca. Como también, el hecho muy significativo de que el Gobierno llamara a la revolución *glorioso alzamiento nacional* en el documento de convocatoria de Cortes del 11 de agosto de 1854. En efecto, la mayor preocupación de Espartero fue ofrecer una imagen de concordia entre las distintas fuerzas constitucionalistas, por muy variados que fueran sus programas y objetivos políticos; esto es, una armonía aparente entre puritanos y progresistas. De ahí que Espartero incluyera en su Gobierno a varios ministros moderados, e incluso, ofreciera la cartera de la Guerra al conde de Lucena, con el propósito de intentar atraerse al Ejército. El nuevo jefe de Gobierno pretendía en definitiva poder demostrar que, una vez conjurada la crisis, resultaba factible la reconstrucción de la unidad liberal. Sin embargo, desde el primer momento quedó bien patente que las concesiones hechas por los progresistas a los conservadores podían poner en peligro su programa reformista.

El Gobierno de Espartero, con O'Donnell en el ministerio de la Guerra, se mantendrá durante dos años. Sin duda, ambos generales fueron los que, junto con el general San Miguel, salvaron a la reina Isabel II de un destierro seguro. Pero antes, en plena jornada revolucionaria, cuando la Reina ya tenía preparados sus carruajes para huir de Madrid hacia Francia, la actuación del embajador de Francia, marqués de Turgot, también resultó providencial cuando la detuvo recordándole su propia experiencia de 1848: *El rey que abandona su palacio en plena revolución, no suele volver a su morada real*³⁵.

³⁵ BERMEJO, 1873, III, p. 427; KIERNAN, 1970, p. 75, nota 43 (Comunicación del embajador Turgot a Drouyn de Lhuys, del 21 de julio de 1824). El marqués de Turgot opinaba que *une fuite était souvent une abdication (una huida es a menudo una abdicación)*.

El pueblo de Madrid realizó acciones violentas durante la Revolución de 1854 e incluso hubo asesinatos, como el del mencionado Francisco Chico, jefe de la Policía. La cólera se volvió contra la Reina Madre, que durante varias semanas vivió casi escondida en la torre nordeste del Palacio Real. Estaba aterrorizada porque incluso hasta en la prensa progresista se pedía su enjuiciamiento por prevaricación y corrupción; y, además, el propio general Espartero había prometido públicamente que no la dejaría salir de España.

Debido a los ataques de José María Orense, marqués de Albayda, contra la Reina Madre, y a pesar de la promesa pública que hizo Espartero, O'Donnell aseguró a Isabel II que jamás permitiría ninguna vejación contra su madre y que saldría de España como una cuestión de honor y de Gabinete. El conde de Lucena se responsabilizó a sacarla de España en compensación por el perdón que Espartero había concedido al marqués de Salamanca, ante lo cual el Presidente de Gobierno no tuvo más remedio que ceder.

O'Donnell preparó personalmente la salida de la Reina Madre, que en la madrugada del 28 de agosto partió de la puerta del Campo del Moro camino de Portugal, y dispuso que el brigadier Garrigó, tan querido por los progresistas y los demócratas, le diera escolta. Según nos cuenta Bermejo, Garrigó *prodigó a su majestad todo género de atenciones*. Y los duques de Riánsares, tras hacer escala en Lisboa, lograron llegar por fin salvos a su palacio de la Malmaison en París.

Ni a los demócratas ni a los progresistas avanzados —los *puros*— podía gustarles la fórmula política con la que se iniciaba el bienio. Entre los proyectos de las masas populares que se habían levantado en julio no figuraban: la apertura hacia el moderantismo, la convocatoria de elecciones a Cortes Constituyentes por el sistema del sufragio censatario, y la impunidad que logró O'Donnell para que la odiada Reina Madre pudiera abandonar tranquilamente el país y marchar a Francia. Además, tampoco podía agradecerles la protección que Espartero dispensaba a los no menos aborrecidos financieros que se habían amasado grandes fortunas con negocios muy turbios en los tiempos anteriores a la revolución, sobre todo el marqués de Salamanca.

Lo cierto es que el duque de la Victoria era el líder de los progresistas y un verdadero ídolo intocable para los grandes sectores del pueblo español, y ni Fernando Garrido, ni Sixto Cámara, como tampoco los demás políticos demócratas, se encontraban en condiciones de alterar la situación en beneficio de su soñada *dictadura popular revolucionaria* para acometer reformas radicales.

Tras la Revolución de 1854, la fórmula de gobierno que se instauró fue la diarquía, en la que Espartero y O'Donnell representaban, respectivamente, las tendencias progresista y conservadora, y en un equilibrio harto difícil que duró sólo dos años. En aquellos días el embajador francés, marqués de Turgot, manifestó que *el maridaje político de Espartero y O'Donnell es tan artificial que deberá terminar en divorcio*. En realidad nunca existió una armonía conciliadora en el propio Gobierno, ya que Espartero y O'Donnell eran muy ambiciosos, rivales y estaban dispuestos a seguir su propio juego. Por ello, con el paso del tiempo, el jefe de Gobierno pudo comprobar que el conde de Lucena era quien tenía el poder real y que se había preocupado de afianzarlo desde el primer día, de ahí que representara un serio peligro para él. No obstante, a pesar de que O'Donnell tenía el poder efectivo y no simbólico como Espartero, se vio obligado a tener que sacrificar al duque de Ahumada, cesado en la dirección de la Guardia Civil que había fundado y dirigido con tanta eficacia; y además, tuvo que soportar el retorno descarado del marqués de Salamanca³⁶.

En efecto, la táctica de O'Donnell consistía en procurar distanciarse de los moderados y mostrarse por encima de las banderías liberales; pero, mientras tanto, trabajaba intensamente en la creación de su propio partido, que se llamará La Unión Liberal, el cual, de acuerdo con el ideario puritano, tendría que actuar como un crisol donde el grueso de los dos grandes partidos pudiera fundirse en una misma formación centrista.

Durante el bienio post-revolucionario hubo numerosos cambios y reajustes en las carteras ministeriales, aunque los dos generales conservaran las suyas. Juan Valera explicó el sentido de estos cambios al señalar que hubo dos tiempos distintos: hasta julio de 1855 creció la fuerza progresista de izquierda, y luego se rehicieron los elementos moderados. Y es que, a fin de cuentas, todo el bienio consistió en una pugna interna dentro del poder entre una corriente de izquierda progresista y una corriente de derecha conservadora, que además cristaliza en la mencionada incompatibilidad personal, apenas disimulada, de las dos grandes figuras militares contradictorias.

³⁶ El marqués de Salamanca se instaló en la parte terminada de su colosal palacio de Recoletos (hoy sede del Banco Hipotecario), desde donde continuó amasando una fortuna descomunal gracias al auge de los ferrocarriles y los excelentes negocios que le proporcionaba la guerra de Crimea. Terminados los jardines, superaban a su modelo, la residencia parisina de los Rothschild. Encomendó su biblioteca a Serafín Estébanez Calderón, que compró la del duque de Híjar; y aunque el marqués no era precisamente muy dado a la lectura, consiguió todos los libros que quemaron el cura y el barbero de la biblioteca de Don Quijote por puro capricho, y además, adquirió un antiquísimo *Amadís de Gaula* por ¡cuatrocientos mil reales! y dos o tres ejemplares de *Tirante el Blanco*. Todos sus agentes por Europa compraron su fabulosa pinacoteca que rivalizaba con la de la Real Academia de las Bellas Artes de San Fernando en calidad y cantidad.

¿Por qué pudo mantenerse la diarquía durante el bienio? En primer lugar, porque la preocupación principal de O'Donnell era afianzar el trono, amenazado desde sus cimientos por la Revolución de 1854; y, en segundo lugar, debido a que durante el primer período de este difícil bienio progresista eran precisamente los progresistas quienes dominaban tanto en la Administración Central del Estado como en las administraciones locales, de ahí que todo transcurriese con la mayor normalidad y en espera de las Cortes Constituyentes previstas para el otoño.

La reaparición de la Milicia Nacional tampoco creó ningún conflicto, ya que Espartero era su jefe simbólico. Pero también sería conveniente precisar que la Inspección de Milicias era la que en realidad movía los hilos de la Milicia Nacional y ésta precisamente radicaba en el ministerio de la Guerra; por tanto, la Milicia estaba de hecho en manos de O'Donnell y no de su líder progresista, que era Espartero. Después los desórdenes de los milicianos se harían frecuentes, así como los actos tumultuarios de los grupos demócratas, respondiendo la mayor parte de estos desórdenes al viejo concepto de la revolución callejera.

En cuanto al Ayuntamiento de Madrid, presidido por su alcalde progresista, el general Valentín Ferraz, continuó la obra que habían emprendido los ediles moderados (adjudicándose la por entero): las mejoras y el embellecimiento de la calle de Alcalá, el arreglo del Prado de Leganitos, colocando una estatua a Cervantes junto a una hermosa fuente donde hubo un abrevadero inmundo, la inauguración del matadero de la Puerta de Toledo,... Además, los *guindillas* fueron sustituidos por una guardia urbana más solemne, uniformada con esclavina a la inglesa y alto sombrero de copa, y se procedió a la apertura de nuevas calles y tramos para la construcción del nuevo ensanche de Madrid que había soñado Martín de los Heros. Así, el barrio de Argüelles, en buena parte, pronto tuvo trazadas y edificadas sus nuevas calles, entre la de la Princesa y los desmontes del Príncipe Pío. Este barrio moderno recibiría además el Hospital del Buen Suceso, dentro de la idea de crear casas de socorro en cada una de las barriadas madrileñas.

Por último, en lo concerniente a los partidos políticos, éstos se prepararon para ir a las inminentes elecciones, organizadas entre los progresistas de Espartero y los puritanos de O'Donnell a través de pactos de gobierno, ya que estos últimos eran la facción del moderantismo que apoyaba de forma unánime al conde de Lucena.

Para O'Donnell, el moderantismo estaba completamente agotado y desprestigiado, y cuando comprobó que muchos progresistas valiosos se estaban distanciando cada vez más de Espartero debido a sus rutinas, y por no querer someterse al orgullo de Olózaga, proclamó la idea de crear un nuevo par-

tido político en el que tendrían cabida los moderados más tolerantes y los progresistas más dialogantes, vertebrados todos ellos por los hábiles puritanos que dirigían Cánovas del Castillo y Ríos Rosas. Poco después, el prestigioso periodista e historiador Modesto Lafuente puso nombre al nuevo partido, La Unión Liberal, y los partidarios de O'Donnell marcharon a las elecciones con moral de victoria y la certeza plena de obtener la mayoría.

Las Cortes Constituyentes

El 8 de noviembre de 1854, las Cortes Constituyentes se abrieron con una serie de partidos nuevos. Como era de esperar, había una clara mayoría de la Unión Liberal que seguía a O'Donnell y tres fuertes minorías: la de los progresistas, bajo el mando y el encendido verbo de Salustiano Olózaga; los demócratas, ardientes publicistas y muy inclinados hacia el republicanismo, bajo la dirección de Estanislao Figueras y Emilio Castelar como figura principal³⁷; y los moderados supervivientes que muy pronto reconocieron como líder a un fogoso abogado gallego llamado Cándido Nocedal³⁸, líder indiscutible de los llamados neocatólicos³⁹.

Aquellas Cortes Constituyentes se estrenaron como si se tratara de un sainete. Espartero y O'Donnell dimitieron de sus cargos ante el Parlamento, quedando el primero tan quebrantado que hizo subir a la presidencia del Congreso al progresista Pascual Madoz, decidido a imponer su proyecto de desamortización. Luego, para atraerse a la minoría progresista, Espartero quiso incorporar a Salustiano Olózaga al nuevo Gobierno. Le hizo este ofre-

³⁷ Las tertulias del Café Suizo, situado en la calle de Sevilla y por tanto próximo al Congreso, eran frecuentadas por los progresistas y los demócratas (como Sixto Cámara, Emilio Castelar y Cristino Martos), como también por los duros del moderantismo que habían regresado del extranjero (como el conde de San Luis), y por el general Juan Prim, la nueva esperanza progresista. Allí, en vísperas de las Cortes Constituyentes, nació el diario republicano *El eco de las barricadas*, dirigido por el socialista Fernando Garrido y quien mantenía que el pueblo español era incompatible con la monarquía. Garrido fue detenido y conducido a la cárcel madrileña del Saladro, pero fue absuelto por el Jurado de Imprenta tras la defensa que le hizo el demócrata Emilio Castelar, dándose así a conocer el primer orador joven de aquella época.

³⁸ Cándido Nocedal, gran orador coruñés. Había sido esparterista y miliciano nacional en 1841. Luego, fue puritano, después moderado y ahora líder de los neocatólicos. Siguiendo el pensamiento conservador de Donoso Cortés, defendió la tradición contra la revolución. Puso además un especial empeño en despertar la conciencia nacional católica a través del diario *La Estrella*, en la que colaboraban Alejandro Mon y Antonio Aparisi y Guijarro, otro gran orador de la época.

³⁹ El neocatolicismo surgió con una fuerza sorprendente ante la seguridad de que iba a plantearse una renovada ley desamortizadora en las Cortes, que era el precio que progresistas y demócratas querían hacer pagar a O'Donnell por su alianza con Espartero.

cimiento ante O'Donnell, quien, con una gran habilidad inesperada, creó tal confusión en el coloquio que Olózaga se hartó y renunció en el momento a ser ministro; no obstante, Olózaga aceptó regresar a la embajada de París y aseguró que iría a las Cortes para participar en los asuntos importantes del debate constitucional⁴⁰.

Las Cortes se iniciaron con un acto de fervor monárquico que llenó de satisfacción a la Rcina, sobre todo, tras los sucesos de los meses de junio y muy especialmente de julio. Los generales Espartero, O'Donnell y San Miguel, ante los ataques de la prensa republicana contra la Corona, presentaron de forma conjunta una propuesta de declaración: *El trono de Isabel II es la clave de España*. Además, cuando el demócrata Ordax AVECILLA y el marqués de Albayda, demagogo de barricada, se atrevieron a poner en duda el sentir monárquico del pueblo español, el general Prim —nueva esperanza del progresismo— sentenció aquel debate parlamentario desde su escaño diciendo: *los enemigos de Isabel me encontrarán siempre espada en mano para defenderla*⁴¹.

Durante las primeras sesiones de las Cortes hizo su aparición un nuevo periódico dirigido en secreto por el neocatólico Cándido Necedal, *El Padre Cobos*⁴². Un diario satírico que como portavoz de moderados y neocatólicos arremetió con dureza contra O'Donnell (con quien luego pactaría) y muy en especial contra Espartero, y que vino a reproducir la contundencia y el gran éxito popular del mencionado y ya desaparecido *El Murciélagu*, que había atacado sin desmayo a Sartorius y sus *polacadas*.

La labor de las Cortes Constituyentes de 1854 puso de manifiesto las discrepancias existentes entre moderados y progresistas. Los primeros pretendían que la revolución sirviera para volver al *statu quo* anterior a 1851, esto es, que no se tocaran las estructuras políticas y sociales de la década moderada (1844-54). En cambio los segundos, seguidores de Espartero, querían cumplir sus promesas de reforma por más que las suavizaran para

⁴⁰ Desde entonces, Olózaga tuvo la obsesión de echar del trono a Isabel II y a Espartero de la política.

⁴¹ El general Prim, que había publicado un manifiesto esparterista rimbombante, triunfó con facilidad en las elecciones de Barcelona.

⁴² *El Padre Cobos* fue un periódico de muy buena información, gran sentido del humor y de una elegancia exquisita. Su redacción estaba en la calle del Horno de la Mata, inútilmente buscada por la policía, aunque los artículos más resonantes solían escribirse en un rincón del Café Suizo. La identidad neocatólica de este diario se descubrió muy pronto, cuando el 8 de diciembre de 1854 abandonó la sátira política para celebrar la definición dogmática de la Inmaculada Concepción por el papa Pío IX. Su redactor más importante era el escritor José Selgas, aunque tenía excelentes firmas como: el novelista Navarro Villoslada, el dramaturgo Adelardo López de Ayala, el compositor Emilio Arrieta y la escritora Cecilia Böhl de Faber.

no irritar a sus aliados. En semejantes circunstancias, el conflicto entre la Milicia Nacional y el Gobierno resultaba inevitable, ya que desde las mismas jornadas revolucionarias de 1854, la Milicia se había ya erigido en el brazo armado de los progresistas puros, totalmente reacios a la política conciliadora de Espartero con los moderados.

También había asuntos muy importantes como: la continuidad de Isabel II en el trono (a la que se oponían los progresistas), la supresión del impuesto de consumos (que siempre había enfrentado a ambos partidos) y las reformas militares. Todos ellos, en su conjunto, venían a ahondar cada vez más el abismo existente entre los militantes de estas dos formaciones políticas. Pero, además, muy pronto se añadió a todo ello la gran hostilidad de la Iglesia española al verse amenazada por el proyecto de libertad de cultos y por la legislación desamortizadora del ministro de Hacienda, Pascual Madoz⁴³, y tampoco podía faltar la agitación carlista, que aprovechaba las dificultades del régimen.

A lo largo de 1855 fue acentuándose el divorcio existente entre los políticos progresistas y los sectores más radicalizados de la burguesía y del incipiente proletariado. Mientras, la situación se fue deteriorando debido a que los enormes problemas económicos, sociales y políticos, surgiendo así motines y huelgas en varias localidades del país, como la subversión campesina en Andalucía con ocupación de tierras y aldeas o la huelga general de Barcelona, y que las autoridades reprimían de forma implacable. Cada vez quedaba más patente que el Gobierno carecía de apoyo popular y que no acertaba a emprender la prometida política reformista que tanto esperaban sus seguidores.

Karl Marx, al describir cuál era la situación de la España de 1854, apuntó lo siguiente: *Prevalece en las provincias una saludable anarquía... este anárquico estado es de gran utilidad para la causa de la revolución, pues*

⁴³ A comienzos de 1855, la Reina recibió continuas visitas del encargado de negocios de la Nunciatura Apostólica, monseñor Franchi, quien le llevaba mensajes apremiantes del Papa para que se resistiera a las presiones de los progresistas empeñados en promulgar la ley desamortizadora que completara el expolio ya iniciado veinte años antes por el ministro Juan Álvarez de Mendizábal y que había dejado a la Iglesia española prácticamente en la ruina. Espartero intentaba en sus despachos eliminar la resistencia de Isabel II a la desamortización, mientras que O'Donnell no apoyaba en esto a la Reina al estar comprometido con Espartero a cambio de mantener la alianza. Por eso, la monja sor Patrocinio, conocida como *la monja de las llagas*, cuyos consejos, por temporadas, tenían gran influencia en la Reina, fue pronto recluida en el convento de las clarisas de Baeza, y en agosto se procedió su traslado a Benavente con la prohibición de pasar por la Corte. Sor Patrocinio, por impulso propio y por órdenes estrictas de sus superiores, era la única persona que apoyaba a Isabel II para que no firmara la ley desamortizadora.

*impide que ésta sea ahogada en la capital*⁴⁴. Y Kiernan, por su parte, realiza un análisis muy claro y veraz al afirmar que tal anarquía fue poniendo en O'Donnell todos los resortes del poder efectivo, ya que España aún era conservadora a excepción de los barrios populares de las grandes ciudades; de esta forma, hace hincapié en que los levantamientos populares fueron esencialmente una revuelta contra el recaudador de impuestos, y que los progresistas gastaron sus mejores armas en aclamar la libertad, luchar contra los consumos y cantar el himno de Riego, pero sin llegar a otras medidas y ni mucho menos a plantearse seriamente reformas sociales.

Por último, tan sólo decir que se produjeron conatos de sindicalismo, aunque pronto fueron ahogados por el Gobierno, y que el 6 de junio de 1855 se cometió un gran crimen jurídico con el fusilamiento en Barcelona de José Barceló, dirigente de la Unión de Clases. Días después, el 21 del mismo mes, el general Zapatero disolvió todos los sindicatos existentes, lo que provocó seis días de huelga general. Espartero zanjó este problema enviando al coronel Sarabia a Barcelona con promesas conciliadoras. Puede afirmarse que la actitud del Gobierno hacia los sindicatos fue de sospecha e intransigencia, y que las cotizaciones sindicales fueron calificadas de estafa al obrero. Por otra parte, a partir de esta época, el sindicalismo español fue deca- yendo lentamente hasta después de la revolución de Cádiz⁴⁵.

El Ejército y la Milicia Nacional durante el bienio

Aunque la diarquía del Gobierno estuvo formada por dos generales, Espartero y O'Donnell, no puede decirse en modo alguno que gobernarán los militares, puesto que no hubo ningún gobierno de tal índole en España hasta tres cuartos de siglo más tarde. Pero en cambio se produjo un giro muy substancial en la política de entonces: termina el dominio de los *fracs negros* que iniciara Juan Bravo Murillo, antimilitarista furibundo, y se dio un dominio civil, aunque sin los prejuicios antimilitaristas de la etapa anterior⁴⁶. En cuanto a la continuidad de la Corona, la elección de nuevas Cor-

⁴⁴ MARX, K. y ENGELS, F: *Revolución en España*. Barcelona, 1960, pp. 55 y 155. Karl Marx en su obra sobre la España de 1854 muestra un gran desprecio hacia el progresismo, llegando a afirmar que *Espartero abandonó las Cortes, las Cortes a los jefes, los jefes a la clase media y ésta al pueblo*.

⁴⁵ GARCÍA VENERO, Maximiano: *Historia de los movimientos sindicalistas españoles*. Madrid, 1961, p. 121.

⁴⁶ BERMEJO, 1873, III, p. 437. Bermejo discrepa de nuestra valoración. Para él, desde 1854 a 1856 se produjo una supremacía militar porque Espartero y O'Donnell eran militares, y que, precisamente al haber gobernado como dictadores, sirvió para *conseguir una administración regularizada y un ejército disciplinado*.

tes, abiertas el 8 de noviembre de 1854, y el debate constitucional iniciado en 1855, sirvieron para que se ratificara la forma monárquica, contra la que sólo se pronunciaron veintitrés diputados.

En 1854, al iniciarse el bienio progresista, se procedió a estudiar a fondo la reforma del Estado Mayor del Ejército. Aunque no muy convencido, O'Donnell, como ministro de la Guerra, presentó el proyecto de reforma por el que proponía que hubiese: cinco únicos capitanes generales, cincuenta tenientes generales, ochenta mariscales de campo y cien brigadieres. El 3 de enero de 1855, la comisión de las Cortes encargada de estudiar el proyecto emitió un extenso y prolífero informe en el que se avino a todo, aunque sin llegar a aprobarlo. No obstante, se concedió una pensión de cuatro mil reales a la viuda del brigadier Hore; y en el mes de julio del mismo año, con motivo del debate sobre la creación de una fuerza de reserva de sesenta mil hombres, el general Evaristo San Miguel se opuso, solicitando el que dicha fuerza reservista fuera de ciento veinte mil.

Al final, el proyecto de reforma del Estado Mayor del Ejército quedó olvidado por completo en los archivos del Congreso. También podríamos añadir que, al margen del proyecto, en 1854 hubo un cierto desenfreno en los ascensos: dos capitanes generales (San Miguel y Serrano), diez tenientes generales, veintiséis mariscales de campo y más de sesenta brigadieres (aunque Zabala y Dulce se negaron a ascender de grado). Así pues, a finales de dicho año había: siete capitanes generales, ochenta y tres tenientes generales, ciento ochenta y cuatro mariscales y trescientos noventa y dos brigadieres. Es decir, que había seiscientos setenta y seis oficiales generales, una cifra desproporcionada para un Ejército de tan sólo ochenta mil hombres, con un promedio de ¡un general por cada ciento veinte soldados!⁴⁷ Por otra parte, en cuanto al proyecto de los retiros, por el que se solicitaba que los brigadieres dejaran el Ejército a los sesenta y cinco años de edad y que los oficiales generales *cuando voluntariamente lo deseen* (lo cual no era mucho)⁴⁸, la Cámara sólo accedió a que los brigadieres se retirasen a los setenta años, para luego dejar postergado dicho proyecto.

El 30 de noviembre de 1855, Sagasta preguntó en el Congreso qué se sabía del proyecto de reforma del Estado Mayor del Ejército, y el Presidente de la Cámara le respondió que nada, y además, entonces no se hallaba

⁴⁷ ALONSO, 1974, p. 320.

⁴⁸ De hecho, ya se había infringido la ley al ascender al general Evaristo San Miguel a capitán general, pues no reunía la condición de *haber mandado en jefe de campaña, y con gloria, un ejército o cuerpo de ejército*.

presente ningún miembro de la comisión encargada de dicho asunto que pudiera aportar algo al respecto.

El proyecto de reforma del Estado Mayor del Ejército no volvió a tratarse en el Congreso, aunque se abordó el de los gastos presupuestarios de la Revolución de 1854, acordándose por real decreto del 28 de octubre de 1855 que se pagase la cifra de seiscientos mil ochocientos cincuenta y un reales a quienes entregaron dicha cantidad para que fuera empleada en la fase previa de la *Vicalvarada*. De este modo, los conspiradores pudieron recuperar las sumas que habían aportado con cargo al presupuesto del ministerio de la Guerra.

En 1855 existió también un proyecto de participación de España en la guerra de Crimea, mediante el envío de un contingente de veinte mil hombres. El general Zabala, ministro de Estado, partió a Vichy para entrevistarse con Napoleón III, ya que el propio general iba a ser el comandante en jefe de la expedición militar española⁴⁹. Sin embargo, este proyecto no llegó a fraguar debido a los triunfos aliados del mes de septiembre, que hacían innecesaria la expedición española y, sobre todo, debido al escaso interés intervencionista del Gobierno⁵⁰.

Otro problema político y militar lo constituyó el carlismo. El 10 de mayo de 1855, falleció en Trieste, a los sesenta y siete años, el infante Carlos María Isidro de Borbón⁵¹, hermano menor de Fernando VII, y quien desencadenó la primera guerra carlista en 1833. Este suceso provocó una reunión legitimista en la corte carlista de Trieste con Carlos Luis de Borbón, su hermano Juan, el infante Sebastián y el conde de Chambord. Sin embargo, la muerte de Carlos María Isidro, el pretendiente al trono, hubiera pasado completamente inadvertida en España si no fuera por la aparición de varias partidas carlistas en Cataluña, que fueron vencidas en abril de 1856 por el mariscal de campo Joaquín Bassols.

⁴⁹ En 1849 el general Narváez pensó enviar al propio general Zabala al frente de una expedición militar a Italia.

⁵⁰ MARICHALAR, Antonio: *Riesgo y aventura del duque de Osuna*. Madrid, 1930, p. 203 y ss. El sistema liberal español carecía de relaciones diplomáticas con Rusia desde 1833. En agradecimiento a España por no intervenir, Rusia restableció relaciones diplomáticas desde octubre de 1856, siendo enviado el duque de Osuna a San Petersburgo como embajador. El duque de Osuna era teniente general de Caballería y caballero de la Orden de San Fernando.

⁵¹ Carlos María Isidro de Borbón. Infante de España, hermano de Fernando VII (Madrid, 1788-Trieste, 1855). Aunque aceptó en principio la Pragmática Sanción que le excluía de los derechos al trono (1830), más tarde se negó a reconocer como heredera a la futura Isabel II (1833), desencadenando la primera guerra carlista bajo el nombre de Carlos V, mas derrotado en 1845 abdicó de sus pretensiones al trono en favor de su hijo Carlos Luis de Borbón.

Y finalmente, quedaba pendiente el problema muy delicado de la Milicia Nacional, brazo armado del progresismo, que lógicamente despertaba una gran irritación y desagrado en el Ejército, como ya había ocurrido diez años antes. La oficialidad del Ejército desconfiaba del general Espartero, líder del progresismo, y odiaba profundamente a la Milicia; por ello, desde 1854 hasta 1856, se intentó reducir la aversión existente entre el Ejército y la Milicia Nacional a través de numerosas órdenes y circulares.

La Milicia Nacional, aunque de composición un tanto heterogénea, estaba dirigida por elementos de la burguesía y representaba un poder muy considerable: cuatrocientos cincuenta mil milicianos, de los que veintiocho mil eran vecinos de Madrid. Además, como su misión primordial era la defensa del proceso constituyente y revolucionario, puede comprenderse el que los elementos conservadores y el propio jefe de Gobierno vieran con enorme aprensión aquella fuerza formidable que podía ser un arma terrible en manos de sus rivales de izquierda. Y exactamente lo mismo podríamos decir de los militares profesionales, que no estaban acostumbrados a tolerar poderes paralelos. De ahí que el 4 de julio de 1855, el Gobierno presentara ante las Cortes una ley restrictiva sobre la Milicia Nacional, que fue aprobada con una crisis de gobierno, y en el que entró el general Zabala como ministro de Estado.

A finales de abril de 1856, los comandantes de la Milicia madrileña, creyendo que la revolución por la que habían luchado estaba en peligro, se atrevieron a exigir el cese de cuatro ministros. Esta actuación de la Milicia significaba un claro reto al Gobierno de Espartero y éste respondió enviando un proyecto de ley a las Cortes por el que se prohibía a los milicianos entrometerse en cuestiones estrictamente políticas. Como era de esperar, esta medida gubernamental provocó una tensión enorme en la calle, haciendo presagiar un enfrentamiento abierto e inevitable.

El detonante de la Revolución de 1856: la caída de Espartero

Pese a este clima tan enrarecido, por fin se consiguió la redacción de la Constitución de 1856, que fue aprobada en las Cortes. Tan sólo faltaba la sanción real para que entrara en vigor, pero esto no sucedía. Los motivos alegados eran los cada vez más acuciantes problemas económicos y de orden público; sin embargo, nadie desconocía las causas verdaderas por las que la Reina no sancionaba la Constitución. Primero, porque ni ella ni los moderados querían aquella Constitución, y en segundo lugar, debido a que



Antonio Ríos Rosas



Leopoldo O'Donnell

el general O'Donnell tenía ya a punto su partido, La Unión Liberal, y trabajaba en la sombra para desplazar al general Espartero. Sería la cuestión social la que le brindaría la oportunidad de subir al poder.

En abril de 1856, la Milicia y el Ejército se tirotearon en Valencia y, tras producirse la dimisión del general Villalonga, el general Zabala, ministro de Estado, impuso el orden entre ambos bandos irreconciliables. Luego, en el mes de junio, Espartero pidió que el general Ros de Olano, Inspector General de Infantería, fuese enviado a Filipinas, a lo que O'Donnell se negó en rotundo. Esta crisis de Gobierno pudo entonces resolverse de la siguiente manera: Ros de Olano pasó a la Inspección General de Artillería, Serrano dejó dicha inspección general para tomar el mando de la Capitanía General de Madrid (su ascenso se producirá el 15 de julio), y Hoyos pasó a la Inspección General de Infantería. Esta remodelación constituye una prueba fehaciente de que O'Donnell, ministro de la Guerra, era quien en realidad tenía el control pleno de las Fuerzas Armadas.

En dicho mes de junio la situación se hizo insostenible debido al aumento de los precios y la escasez de alimentos, lo que provocó la desesperación de las clases populares. En los campos de Valladolid, Palencia, Medina de Rioseco y en otros lugares de Castilla la Vieja se produjeron tumultos y manifestaciones. Grupos de vecinos, acuciados por el hambre, llegaron a incendiar las fábricas y talleres, cundiendo el pánico entre las clases acomodadas ante una revolución roja que parecía extenderse con gran rapidez.

El Gobierno maniobró intentando dar tranquilidad y demostrando que controlaba la situación, por lo que el ministro de la Gobernación, Patricio de la Escosura, fue enviado a las comarcas afectadas a través de la recién inaugurada línea ferroviaria del Norte, para inspeccionar las causas y los efectos de las algaradas, motines e incendios. Aquellos motines de subsistencia fueron los que decidieron a O'Donnell y al grupo conservador a poner fin a la experiencia progresista y a la diarquía, y a hacerse definitivamente con el poder. Así, mientras Escosura se hallaba investigando los sucesos y haciendo planes para una ampliación de libertades, O'Donnell se puso de acuerdo con Isabel II para forzar el cambio inminente de Gobierno. Espartero tenía sus días contados en la jefatura del Gobierno.

En la mañana del 13 de julio estalló la crisis durante el Consejo de Ministros que presidía la Reina en el Palacio Real y que tuvo una duración de tres días. Escosura, que había regresado de su viaje de inspección, expuso un durísimo informe en el que aseguró que las causas de los desórdenes se debían a las actividades subversivas de moderados y carlistas, y, sobre todo, a la acción reaccionaria del clero, atizada por los obispos, al estar

éstos en contra de la desamortización⁵². Ante tal interpretación de Escosura, que siempre ejerció de fanático anticlerical, O'Donnell, animado por una mirada de la Reina, se opuso enérgicamente y comunicó varios informes de las autoridades militares que atribuían los disturbios a la propaganda de los demócratas y a algunos batallones levantiscos de la Milicia Nacional movidos desde los círculos esparteristas de Madrid. Escosura, con gran mesura, interrumpió a O'Donnell diciéndole: *Don Leopoldo, lo que pasa es que los dos no cabemos en un mismo saco*. A lo que respondió O'Donnell: *Es verdad. Dimitamos los dos*. Aquella respuesta del ministro de la Guerra suponía todo un reto que pondría fin a la diarquía.

Aunque el duque de la Victoria había sido advertido semanas antes por su ministro de la Gobernación y correligionario sobre los rumores de un golpe moderado, no le había hecho el menor caso. De ahí que Escosura decidiera actuar por su cuenta y presentara en el Consejo de Ministros algunos decretos con los que pretendía amordazar la prensa moderada y limitar de una vez la actuación y la influencia de los grupos conservadores. O'Donnell se opuso a estas acciones y no sólo pidió la dimisión de su colega progresista, sino que exigió al jefe de Gobierno que disolviera de inmediato la Milicia Nacional, principal bastión y fuerza política de los progresistas en todo el país. Ante la negativa de Escosura y el silencio habitual de Espartero, O'Donnell anunció que no participaría en ningún Gobierno en el que estuviera el ministro progresista de la Gobernación⁵³.

⁵² La ley desamortizadora del ministro progresista de Hacienda, Pascual Madoz, fue aún más nefasta y arbitraria que la de Juan Álvarez de Mendizábal, tanto en lo jurídico como en lo político. La nueva desamortización emprendida por Madoz se dirigía contra los bienes del clero secular y las parroquias, y provocaba además el hundimiento de los municipios y del campo en general mediante la expropiación de sus bienes de propios y comunes. Todo ello estaba en abierta contradicción con la descentralización y la independencia local proclamadas en el Manifiesto de Manzanares. De nuevo se arrebatában bienes muy importantes a las presuntas manos muertas para enriquecer a los ricos de la ciudad, a los profesionales prósperos y, por supuesto, a los paniaguados del poder; y no así a los labriegos pobres y a los jornaleros sin tierra. Además, ordenaba cerrar todos los conventos de monjas con menos de doce religiosas, y se prohibía el ingreso de nuevas novicias; todo ello, en nombre de la igualdad y de la libertad. En consecuencia, el encargado de negocios de la Nunciatura en Madrid, monseñor Franchi, marchó de inmediato a Roma, donde pidió también los pasaportes al embajador Pacheco. No obstante, Isabel II logró mantener la conexión entre Madrid y el Vaticano a través de monseñor Simeoni, gran diplomático de la Santa Sede. Como paradoja, el Gobierno decidió humillar al papa Pío IX, al que precisamente cinco años antes le fueron enviados miles de soldados españoles a Italia, ordenando la invasión de propaganda protestante a través de Gibraltar, bajo los auspicios de una sociedad secreta escocesa de evangelización que estaba muy relacionada con la masonería de rito escocés antiguo y aceptado, y que era el que entonces dominaba en el Gobierno de Espartero.

⁵³ Leopoldo O'Donnell y Patricio de la Escosura habían sido amigos desde la infancia, pero desde hacía años estaban enfrentados por sus diferencias políticas. En un Consejo de Ministros ya habían discutido de forma cordial pero enérgica. O'Donnell había llevado el nombramiento del general Serrano, sin destino tras su corta embajada en París, a la Capitanía General de Madrid, con instrucciones secre-

Espartero, indeciso ante aquel enfrentamiento entre sus dos ministros, lo que suponía el fin inevitable de la diarquía del Gobierno, por una parte deseaba proteger a su amigo Escosura y no alarmar a sus partidarios, y por otra, temía desairar al poderoso ministro de la Guerra. De ahí que aceptara la propuesta que le dio el propio O'Donnell en aquel Consejo de Ministros: dejar la decisión en manos de la Reina.

En la antesala del salón donde se estaba celebrando el Consejo de Ministros, ante Isabel II, y en presencia de Espartero, ambos ministros presentaron sus dimisiones alternativas, por lo que la Reina tenía que decidir entre el militar o el político. O'Donnell y Escosura permanecieron en la antesala a la espera de que terminara el Consejo de Ministros y poderse así despedir de sus colegas. La Reina se decidió en favor del líder de la Unión Liberal, y Escosura, aceptando el veredicto regio, pidió permiso para abandonar el salón. Entonces, el jefe de Gobierno, profundamente dolido con la decisión que Isabel II había dado a la crisis, se levantó para pedir la venia a la Reina y dimitir, y dirigiéndose al ministro dimisionario le dijo: *Espera usted, que nos iremos juntos*. Cuando Espartero y Escosura se dirigían a la puerta para abandonar el salón, la Reina se dirigió hacia su jefe de Gobierno y le aseguró con cierta imprudencia: *Pues O'Donnell no me abandonará como tú lo estás haciendo*. Y luego, volviéndose hacia el militar, le dijo con candor: *¿Verdad que no me abandonará?*

Por orden de Isabel II, el ministro de Gracia y Justicia salió a la antesala para rogar a O'Donnell que aguardase y regresó para redactar personalmente los decretos de cese de Espartero como jefe de Gobierno y el del nombramiento de O'Donnell para formar y presidir el siguiente. Se despidieron todos y O'Donnell se dirigió acto seguido al ministerio de la Guerra, donde había convocado a sus principales amigos políticos y colaboradores.

La dimisión de Escosura supuso una fuerte bofetada para la política progresista, ya que significó una retirada de confianza por parte de la Reina. El general Espartero lo entendió así y por eso presentó su dimisión a continuación. Aquella misma madrugada del 14 de julio, el general Leopoldo O'Donnell, conde de Lucena, fue llamado de nuevo a Palacio y recibió el

tas, pero adivinadas por Escosura, de vigilar y coartar las actividades de la Milicia Nacional, muy excitada después de su intontona de enero contra los moderados en el Congreso. Además, Escosura, con el apoyo de Espartero, se había opuesto también a la reciente concesión del vizcondado de Cuba al general José de la Concha, por su eficacia contra un desembarco rebelde en su Capitanía General de Cuba. Aunque este título le supo a poco a Concha, se lo agradeció a O'Donnell. Con el nombramiento de Serrano y el título de Concha, O'Donnell pretendía atraerse a estos dos prestigiosos generales al proyecto de su Unión Liberal.

encargo de formar Gobierno, que sería el primero de la Unión Liberal, y en el que incluirá a miembros de la derecha progresista.

La Milicia Nacional se subleva

En la mañana de aquel 14 de julio, O'Donnell presentó a Isabel II la lista de sus ministros, todos ellos muy brillantes: Nicomedes Pastor Díaz, escritor, periodista y político muy preocupado por la cuestión social, para Estado; Antonio Ríos Rosas, en Gobernación y él mismo se reservaba la cartera de la Guerra. Se trataba de un nuevo Gobierno formado por elementos moderados y conservadores progresistas. Luego, marchó al Palacio de Buenavista para trasladar su despacho principal al pabellón contiguo de la presidencia, y mantener allí una reunión con los generales Serrano y Concha, a quienes ordenó que vigilasen estrechamente los movimientos de la Milicia Nacional. En cuanto al general Espartero, éste se refugió con su mujer en el modesto domicilio del general Gurrea, su secretario y gran amigo, en el número 10 de la calle de Santa Catalina, entre la Carrera de San Jerónimo y la calle del Prado, donde se dispuso a ultimar los preparativos para retirarse a Logroño.

Apenas la *Gaceta de Madrid* publicó en un número extraordinario la noticia de la dimisión de Espartero y el nombramiento de O'Donnell como nuevo jefe de Gobierno, las calles del centro de Madrid se llenaron de corrillos de murmuradores. Desde los barrios periféricos comenzaron a fluir obreros hacia las zonas céntricas de la ciudad. El alcalde de Madrid, general Valentín Ferraz, ordenó la movilización de la Milicia Nacional, y el general Evaristo San Miguel, al frente de sus alabarderos, hizo saber que *derramaría por la Reina hasta la última gota de su sangre liberal*. Muy pronto se hizo patente que iba a ocurrir algo muy grave.

La subida al poder de O'Donnell no sólo suponía el fin del bienio progresista, sino que constituía en sí un gran peligro para la supervivencia de los demócratas y de la Milicia Nacional. Por más que los unionistas fueran conservadores de izquierda y muy respetuosos con el espíritu y la letra de la Constitución de 1845, su talante y sus intereses estaban en contra de los ideales políticos y sociales del democratismo, cuya existencia intentaba evitar aquel texto constitucional. Además, el general O'Donnell y los generales *vicalvaristas* representaban a un Ejército profesional identificado con la mentalidad de los grupos conservadores y vinculado a sus intereses de clase, y que veía en los milicianos a un elemento perturbador y una rivalidad inadmisibles. Así pues, los comandantes de la Milicia, dispuestos a evi-

tar aquella peligrosa transición gubernamental, se reunieron en el Ayuntamiento y ordenaron el toque de generala. Los diputados progresistas puros y los demócratas recibieron a su vez la consigna de reunirse en sesión plenaria en el Congreso para repetir la intentona de enero y erigirse en convención contra lo que llamaban el *golpe de Estado* de O'Donnell, y las masas populares que habían actuado en 1854 se prestaron a levantar barricadas en las calles madrileñas contra sus antiguos aliados.

El Gobierno de O'Donnell reaccionó decretando el estado de sitio en Madrid y acuartelando a la guarnición. Frente a ésta, la Milicia Nacional de Madrid estaba integrada por ocho batallones de Infantería, nutridos básicamente por elementos progresistas; tres batallones de Infantería Ligera de más reciente creación y de credo demócrata; escuadrones de Caballería; varias baterías de Artillería, y un batallón de zapadores formado por ingenieros, maestros de obras y albañiles. En definitiva, una fuerza muy considerable y bien armada, con un alto grado de moral y plenamente convencida de la justicia de la causa esparterista.

La Milicia de Madrid estaba preparada para combatir contra las tropas gubernamentales, que estaban al mando de los generales O'Donnell, Serrano y Concha, y tan sólo faltaba la presencia o la consigna del general Espartero para entrar en acción. Pero, si Espartero en 1854 había hablado a los suyos diciéndoles que: *El penacho de mi chascás os servirá de guía y con mi espada os señalaré el camino de la gloria*, ocurrió entonces que el duque de la Victoria, como en otros momentos cruciales de su vida, permanecía indeciso ante la situación y quizás abrumado por la responsabilidad en un conflicto futuro. De ahí que, sin recibir órdenes de su líder, la Milicia permaneció inmóvil permitiendo que las tropas del Gobierno tomaran posiciones frente a las barricadas. En cuanto a los coroneles esparteristas, que hubieran podido impedir tanto un golpe de Estado de la derecha como una sublevación de la izquierda, decidieron permanecer con el poder y las instituciones, representados entonces por el general O'Donnell.

Aquel 14 de julio, en la plaza de Santo Domingo, próxima al Palacio Real, se inició el primer tiroteo al atardecer entre el tercer batallón ligero de la Milicia, mandado por Manuel Becerra y Sixto Cámara, y tropas del Gobierno unionista. La situación tensa se mantuvo todavía en relativa calma durante horas, pese a que los gubernamentales iban tomando posiciones en los alrededores del Palacio Real y de las Cortes. Por la noche se registraron nuevos choques armados en la calle de Alcalá.

Sesión de Cortes

Apenas fueron cursadas las convocatorias el 14 de julio, los parlamentarios llamados se fueron concentrando en el palacio de la Carrera de San Jerónimo. A las 10 de la mañana el presidente de las Cortes, general Facundo Infante, abrió la sesión haciendo una exposición sobre la situación política. Acto seguido, los presentes decidieron esperar a la tarde para que acudieran más diputados.

La sesión se reanudó a las cuatro y media de la tarde. Los noventa y dos diputados que se hallaban allí reunidos tenían plena conciencia del carácter de su representación parlamentaria y no estaban dispuestos a abandonar su función en manos de un Gobierno sobre cuya legalidad tenían muy serias dudas. En consecuencia, siete parlamentarios presentaron una proposición condenatoria a la mesa del Congreso:

Pedimos a las Cortes se sirvan recordar que el gabinete nuevamente constituido no merece su confianza. Palacio de las Cortes, 14 de julio de 1856.

Pascual Madoz, Pedro Calvo Asensio, Manuel Lasala, Manuel Matheu, Práxedes Mateo Sagasta, Francisco Salmerón Alonso, Ramón Pérez.

La proposición fue aprobada con un único voto en contra. Lo que equivalía -ya que existía el quórum necesario- a una moción de censura parlamentaria al Gabinete de O'Donnell. Después, se redactó un mensaje a la Reina, que debería ser entregado por una comisión de diputados nombrada al efecto:

Señora: Las Cortes Constituyentes han acordado en la sesión de hoy, después de ver en la Gaceta extraordinaria los primeros actos del nuevo gabinete, presidido por el señor conde de Lucena, que no merece su confianza, teniendo la honra de ponerlo en conocimiento de V.M. por medio del presente mensaje, y abrigando la fundada esperanza de que V.M., que siempre se ha mostrado tan solícita por la paz y la prosperidad de esta nación magnánima, en uso de su Real prerrogativa, sabrá conjurar los grandes males que las Cortes Constituyentes temen se causen a la libertad y al trono que tan dignamente V.M. ocupa.

Una vez designada la comisión, sus componentes partieron hacia el Palacio Real para entregar el documento al Jefe de Palacio. Sobre este acto, Natalio Rivas en su biografía de Sagasta, escribió lo siguiente: *Pasma y admira que aquellos hombres, entre los cuales los había tan respetables como el anciano presidente, general don Facundo Infante, y de tan proba-*

do talento como Calvo Asensio, Madoz, Sagasta y Salmerón, incurrieran en la candidez de que la reina les iba a recibir, sabiendo, como sabrán, que aquella crisis transcendental estaba fraguada y convenida en palacio.

Aquel mensaje parlamentario fue devuelto por el mayordomo mayor de Palacio y, naturalmente, sin respuesta alguna de Isabel II. Con todo, los comisionados no se desanimaron por ello y acudieron a ver al propio jefe de Gobierno, el general Leopoldo O'Donnell, quien negó a los diputados la legalidad de aquella sesión de las Cortes y les conminó a disolverla.

Hacia la medianoche, los diputados continuaban reunidos. Enterados de que había combates en varios puntos de Madrid y comprendiendo que su moción de censura jamás sería aceptada por la Reina, y que tampoco el Gobierno les haría objeto de consideración alguna, varios parlamentarios presentaron una nueva proposición, que no prosperó, nombrando jefe de la Milicia Nacional al general Espartero y con la misión de proteger al Congreso de las tropas de O'Donnell.

La noche transcurrió lentamente entre la angustia y la incertidumbre. Numerosos milicianos se hallaban apostados en las calles próximas a la sede de las Cortes, y tropas del Gobierno con el general Serrano al frente, habían tomado posiciones para proceder al asalto. El General dio de plazo hasta las nueve y media de la mañana para que los diputados abandonaran el edificio; ya que, pasado el plazo, lo bombardearía sin miramientos.

Ante tal crítica situación, unos jefes de la Milicia se dirigieron al domicilio del esparterista Gurrea y propusieron a Espartero que se pusiera al frente del pronunciamiento, pero éste los despidió de muy malos modos, aunque luego decidió de pronto ponerse su uniforme y marchó a las Cortes. El duque de la Victoria, que hasta entonces no había dado señales de vida, se presentó de improviso en el Congreso, siendo aclamado en la entrada por los milicianos. Parecía que había cambiado de actitud y que iba a liderar el pronunciamiento; sin embargo, al entrar en el hemiciclo dejó atónitos a todos porque, primero arengó a los diputados, que le aplaudieron con entusiasmo, pero después les conminó a sus compañeros políticos a que abandonaran su postura, repitiendo continuamente que dejasen que *se cumpla la voluntad nacional*, para él expresada legalmente en la transición del poder que acababa de tener lugar en el Palacio Real. Es decir, Espartero se negó a encabezar un movimiento que repugnaba a su idea cortesana de la política. Luego, tras gritar *¡Viva la independencia nacional!*, abandonó de pronto la sala y ya nadie supo más de él hasta unos días después, cuando ya todo estaba perdido por completo.



Blas Pierrad



Francisco Serrano

A la caída de la tarde, algunos parlamentarios progresistas y algunos milicianos decidieron regresar a sus domicilios, aunque la mayoría, unos ochenta diputados progresistas y demócratas, bajo la presidencia del general Infante, decidieron proseguir el pronunciamiento esparterista sin su líder y permanecieron encerrados en el Congreso con la protección de varias compañías de la Milicia Nacional. Otros decidieron tomar posiciones frente al Palacio Real, y el principal agitador de la Revolución de 1854, el totero Pucheta, fue quien dirigió la formación de barricadas en la calle de Toledo. En cuanto al general Espartero, apresuró entonces su salida hacia Logroño para retirarse y permanecer completamente al margen de la revolución que estaba a punto de estallar.

Serrano bombardea las Cortes

El día 15 de julio, al amanecer, O'Donnell convocó un Consejo de Guerra en el Palacio de Buenavista, donde Serrano informó sobre la situación de cada uno de los regimientos de la guarnición de Madrid. Gracias a las combinaciones sucesivas de mandos que había realizado O'Donnell, todas las unidades del Ejército permanecieron fieles al Gobierno, y todos los oficiales estaban deseosos de acabar de una vez para siempre con la Milicia Nacional, y sobre todo la Guardia Civil, creada precisamente para sustituirla. Pero, si tenemos en cuenta que O'Donnell contaba en Madrid con una guarnición compuesta por tan sólo seis mil ochocientos ocho hombres de infantería, cuarenta cañones y escasa caballería, frente a una Milicia local integrada por dieciséis mil hombres y dieciséis cañones, cabe pensar que O'Donnell no dispuso del tiempo necesario para preparar su golpe de fuerza.

El socialista Sixto Cámara estaba al mando del batallón miliciano encargado de la defensa del Congreso y el demócrata Manuel Becerra lo estaba de las compañías que amagaban algunos asaltos contra la puerta principal del Palacio Real. No obstante, este último no halló apoyo alguno en la guardia por la acción enérgica del capitán de Ingenieros Enrique Puigmoltó y Mayans⁵⁴, ya que el día anterior y durante toda la noche, había ordenado que se cerraran todas las puertas de Palacio y se había situado en la

⁵⁴ Enrique Puigmoltó y Mayans. Hijo del conde de Torrefiel y capitán de Ingenieros. Había servido con brillantez varios destinos en Cataluña y en Galicia. Con fecha de 8 de marzo de 1856, fue destinado a mandar la 4.ª Compañía del 2.º Batallón del Regimiento de Ingenieros en Madrid.

entrada principal con su compañía de zapadores, tropa muy bien entrenada y dispuesta a morir por la reina Isabel II si fuera preciso.

De acuerdo con las instrucciones que el general Leopoldo O'Donnell dio a los generales Francisco Serrano y Manuel de la Concha en el mencionado Consejo de Guerra, ellos tres se pondrían al frente de las unidades del Ejército para atacar las barricadas que se levantaron en numerosos puntos de Madrid, por lo que los combates se generalizarían por toda la ciudad. Desde la tarde del día anterior, O'Donnell había tomado la calle de Alcalá, y Concha, marqués del Duero, se había hecho cargo de la defensa del Palacio Real; y hacia allí, la residencia real, se dirigió O'Donnell al término del Consejo de Guerra. Aquella misma tarde, Concha inició el fuego artillero contra la Milicia con sus baterías emplazadas en la Plaza de Oriente.

En cuanto al general Serrano, éste hizo llegar desde el cuartel de San Gil⁵⁵ a un regimiento de Artillería a caballo y ordenó emplazar dos baterías ligeras en la elevada explanada que había donde está ubicada la iglesia de los Jerónimos, y desde donde el edificio del Congreso constituía un blanco casi perfecto. Estas baterías de cañones unionistas obedecían las órdenes de Serrano y, en última instancia, de O'Donnell, aunque estaban dirigidas por el brigadier Blas Pierrad, quien más tarde sería un exaltado republicano.

Las baterías de Serrano, primero abrieron fuego contra las barricadas y las fuerzas milicianas que se hallaban en la plaza de la Cibeles, que inmediatamente quedó desierta; sin embargo, aquellos cañones dirigirían muy pronto sus disparos contra los diputados que se encontraban reunidos en el Congreso, quienes vivirían uno de los trances más amargos de su existencia⁵⁶.

A media mañana de aquel trágico 15 de julio, cuarenta y tres desconcertados diputados (treinta y siete progresistas y seis demócratas) permanecían en sus respectivos escaños. Aún no se habían repuesto de la fantasmal aparición del duque de la Victoria, cuando las baterías de Serrano por fin abrieron fuego contra el edificio.

El *Diario de Sesiones* nos ha dejado un testimonio patético de las dudas de aquellos hombres que eran conscientes de su papel, pero que también se veían indefensos ante las granadas de la artillería unionista. Finalmente, se adoptó el acuerdo de enviar una comisión parlamentaria para que se entrevistara con el general Serrano y solicitar el cese inmediato del bombardeo;

⁵⁵ El cuartel de San Gil estaba situado en la actual Plaza de España y, por tanto, muy próximo al Palacio Real.

⁵⁶ ANÓNIMO: *Relación de los sucesos de Madrid de los días 14, 15 y 16 de julio de 1856*. Madrid, 1856.

ya que, como dijo un lúcido diputado: *cuando estamos oyendo el fuego del cañón y del fusil, no es ocasión para gastar el tiempo con palabras*. En fin, si Espartero se había negado a liderar la sublevación, los diputados tampoco estaban dispuestos a hacerlo en cuanto escucharon los cañonazos de las baterías unionistas y, por tanto, optaron por llegar a un acuerdo pacífico a través del diálogo con Serrano, lo cual, suponía el abandono de todos aquellos milicianos voluntarios que estaban combatiendo por ellos.

Salió, por tanto, el Presidente de las Cortes a dialogar con Serrano, jefe de las fuerzas atacantes al Congreso, y mientras tanto continuó la sesión. Por aquel entonces, el combate en la calle había ya alcanzado proporciones enormes. Varias compañías del Ejército intentaban subir hasta el Congreso desde el paseo del Prado y la batería de la Milicia Nacional situada en la Carrera de San Jerónimo se lo impedía, aunque a su vez ésta era contestada por la artillería de Serrano, que había adelantado su posición instalándose en la plaza de Neptuno, junto al paseo.

En aquel duelo artillero, los disparos de los cañones de Serrano alcanzaron por fin de lleno el Congreso. La metralla de un tiro certero rompió la claraboya del salón de sesiones, justo encima de la presidencia y tras una impresionante lluvia de cristales y la que caería después constantemente del techo, el vicepresidente de la Cámara, Portilla, que actuaba como presidente en funciones en ausencia del general Infante, recomendó a los parlamentarios que se cubrieran con sus chisteras para evitar posibles cortes. Sin embargo, aquella medida de precaución resultó un tanto inútil al penetrar poco después dos proyectiles en el hemiciclo. El primero de éstos cayó sin explotar casi a los mismos pies de Práxedes Mateo Sagasta, quien, permaneciendo impertérrito, pidió que aquel *artefacto y tal hecho constaran en acta del día*, como así se hizo y puede comprobarse en el *Diario de Sesiones*. Al estallar el segundo, muchos diputados aterrorizados salieron corriendo y saltaron por las ventanas, emprendiendo después la huida por la Carrera de San Jerónimo hacia arriba seguidos por los milicianos de Sixto Cámara, a quienes Serrano ametralló sin piedad con sus piezas de artillería instaladas a pocos metros en la plaza de Neptuno.

Aquel intenso bombardeo duró exactamente una hora y veinticinco minutos. Algunos diputados deseaban una resistencia numantina y por eso decidieron permanecer en el Congreso. Entre ellos estaba Sagasta, quien en determinado momento gritó: *¡Es nuestro deber!*, mientras que otro parlamentario aseguró: *¡Aquí moriremos todos en nuestros puestos!*

Todos los parlamentarios que decidieron permanecer en el Congreso hubieran muerto de no haber resultado las gestiones del general Facundo Infante. Serrano se comprometió a cesar el bombardeo y dejar marchar

libres a los parlamentarios si éstos desalojaban de inmediato el edificio. Al regresar el Presidente del Congreso, así se acordó, ya que la mayoría de sus compañeros que permanecían allí encerrados comprendieron que aquel sacrificio sería inútil. No obstante, aún tuvieron un gesto admirable, ya que cuando se levantó la sesión, el anciano general Infante anunció que las Cortes continuaban reunidas en sesión secreta. De este modo, aquellos parlamentarios lograron tender un puente legal hacia el futuro y decretaron un último veto contra el Gobierno del general O'Donnell o el de cualquier otro que surgiera de la nueva situación. Terminada aquella sesión, Sagasta no se dirigió a su domicilio, sino que marchó junto a su unidad de Ingenieros de la Milicia y la condujo hacia el Teatro Real, situado frente a Palacio.

Fin de la resistencia

Desde las fachadas de los edificios de la calle de Toledo, de la Plaza Mayor, de la Cuesta de Santo Domingo y en otros puntos de Madrid, los atemorizados vecinos contemplaban, escondidos tras los balcones, los movimientos de las columnas militares, los emplazamientos de las baterías y los choques armados entre el Ejército y la Milicia Nacional. A sus pies, parapetados tras las barricadas, los milicianos voluntarios combatían en nombre del general Espartero a las unidades leales al Gobierno del general O'Donnell.

El Congreso quedó vacío sobre las once y media de la mañana, mientras la lucha se había generalizado en el centro de Madrid. El capitán de Ingenieros, Enrique Puigmoltó, con dos compañías, logró dispersar a las fuerzas milicianas que hostigaban la entrada principal del Palacio Real y que huyeron en confusión a través de la calle de Bailén hasta las barricadas de la calle de Toledo, donde se produjo un tumulto indecible por un intenso tiroteo realizado por la Policía⁵⁷. Un batallón del Ejército que había salido del Palacio Real intentó llegar hasta la Plaza Mayor, pero fue detenido por fuerzas milicianas en la calle Mayor y en la de Platerías. En la calle de Toledo, donde luchaban elementos populares de los barrios meridionales, murió combatiendo el torero Pucheta, el mencionado líder de las barricadas de la Revolución de 1854; sin embargo, por el momento, las tropas gubernamentales tampoco lograban hacer grandes progresos y los combates continuaban en las calles.

⁵⁷ Los policías estaban ansiosos por vengar allí la muerte y el descuartizamiento de su antiguo jefe, Francisco Chico, en las anteriores jornadas revolucionarias de 1854.

Los milicianos de Manuel Becerra y Sixto Cámara, desde las barricadas de la plaza de Santo Domingo descendieron por la Cuesta de Santo Domingo e intentaron un ataque por sorpresa al Palacio Real, pero se lo impidió una columna militar que se hallaba en las proximidades del Teatro Real. Resulta muy conveniente precisar que todos aquellos combates se realizaban en condiciones harto difíciles, ya que los milicianos, parapetados en las barricadas o posicionados en los balcones de las casas, abrían fuego contra los soldados que avanzaban casa por casa y que no se recataban en el empleo de la artillería cuando consideraban que era necesario.

Así pues, en semejante situación, la lucha callejera pudo haberse prolongado durante varios días. No fue así, puesto que la noticia de la caída del Congreso terminó por minar la resistencia. En efecto, una vez desaparecida la representación del legislativo y con la desaparición del general Espartero, - que había renunciado de antemano a la causa que sus seguidores defendían en las barricadas-, la resistencia tomó el carácter de sedición y se tornó desesperada. Por tales motivos, el general Valentín Ferraz, alcalde de Madrid, y por tanto comandante en jefe de la Milicia local, ordenó el alto el fuego y dio así por terminada la lucha armada contra el Gobierno de O'Donnell.

En la Plaza Mayor y en otros lugares del centro de la ciudad, los milicianos abandonaron sus puestos y se retiraron a sus domicilios. Cuando el general Concha al frente de un regimiento de Caballería llegó a las barricadas de la calle de Toledo, éstas estaban ya desiertas y pudo contemplar la cabeza del torero Pucheta, horriblemente mutilada y clavada en una pica sobre los desmontes que cerraban las obras del nuevo Mercado de Toledo. Concha ordenó entonces retirar aquel sangriento y macabro despojo y marchó con el regimiento hacia la Puerta del Sol para descender luego por la calle del Arenal hasta la plaza de Isabel II, y preparar allí el asalto definitivo a las barricadas de la plaza de Santo Domingo, último bastión de la resistencia, al haber sido desalojado poco antes un batallón de milicianos que había ocupado el ministerio de Hacienda presentando una dura resistencia.

Los demócratas de Sixto Cámara, que no sentían los escrúpulos monárquicos de los progresistas, continuaron combatiendo en solitario al frente de dos unidades de la Milicia (el tercero de Ligeros y los milicianos de Artillería). El general Concha atacó de inmediato por la calle de los Caños, mientras el general Serrano llegaba con sus cañones al cruce de las calles de Jacometrezo y Tudescos para bombardear los últimos reductos rebeldes. Los milicianos que se habían hecho fuertes en la mencionada plaza de Santo Domingo ofrecieron resistencia hasta la noche, que fue cuando Sixto Cámara y Manuel Becerra decidieron abandonar la lucha al comprender que todos sus esfuerzos en solitario serían inútiles.

A media tarde, había ya una tranquilidad absoluta en Madrid. Como si fuera un acto de guerra, la propia Reina impuso a O'Donnell la cruz de la Orden de Carlos III. O'Donnell, a su vez, concedió la muy merecida cruz de San Fernando al capitán Enrique Puigmoltó y Mayans, herido gravemente en un hombro, por su heroico comportamiento al impedir el primer golpe de mano de la Milicia contra la entrada principal del Palacio Real con tan sólo un puñado de zapadores; ascendió al general Serrano a Capitán General de Madrid, y redujo el servicio militar en seis meses a todos los soldados de la guarnición de Madrid por su buen comportamiento en aquellas jornadas revolucionarias.

El general Espartero, que había decidido en todo momento no participar en esta revolución, al creer que por encima de todo debía de preservarse la monarquía y a Isabel II en el trono de España, proseguía tranquilo su viaje camino de Zaragoza acompañado de su esposa para dirigirse después de retiro a Logroño. El embajador de Francia, marqués de Turgot, puso un epitafio a los hechos afirmando que el progresismo *era una religión cuyo dios* (Espartero) *había abdicado*, al haber marchado éste a Logroño abandonando el escenario histórico.

En cuanto a las zonas obreras de Madrid, las tropas de O'Donnell se hicieron dueñas de la situación con gran rapidez al no hallar apenas resistencia.

Por último, en lo referente al balance de las bajas que se produjeron en la Revolución de 1856 en Madrid, las del Ejército se cifraron en tan sólo treinta y ocho muertos y veintiséis heridos. Nadie supo cuántas fueron las bajas de la Milicia Nacional, ya que no hubo recuento; no obstante, Turgot las estimó en diez veces más que las del Ejército⁵⁸.

Fuera de la capital, la Milicia Nacional se sublevó también en varias localidades en nombre del general Espartero; sin embargo, todas las unidades del Ejército permanecieron leales al nuevo Gobierno de O'Donnell y la noticia del final de la resistencia en Madrid terminó con estos levantamientos provinciales. Aunque media España se sublevó por Espartero, líder de los progresistas, tan sólo hubo auténticos combates en Zaragoza y, sobre todo, en Barcelona; pero, al carecer los milicianos de una alternativa, éstos no fueron capaces de resistir por mucho tiempo. Las bajas del Ejército fueron incluso muy superiores a las de Madrid: trece oficiales y cincuenta soldados muertos, mas once oficiales y ciento noventa y ocho soldados heridos.

⁵⁸ KIERNAN, 1970, P. 261. Despacho de Turgot a Walewski del 17 de julio de 1856.

¿Qué ocurrió después? El general O'Donnell, que había sido nombrado jefe de Gobierno el día 14 de julio, ya no era el mismo que en 1854, cuando representaba a la reacción contra la década moderada; mientras que ahora, se veía arrastrado hacia esa tendencia. Sin embargo, no se excedió en la represión contra los motines que hubo en España como podría esperarse, ni tampoco persiguió a nadie. En Madrid no hubo ningún fusilamiento y sólo fueron encarcelados ciento treinta milicianos al haber sido apresados con las armas en la mano, aunque inmediatamente fueron puestos en libertad por orden de O'Donnell⁵⁹. Lo que realmente quiso el conde de Lucena fue olvidarse por completo de la Revolución de 1856 y de ahí que se dispusiera a gobernar intentando complacer tanto a los progresistas como a los moderados. Sin embargo, las consecuencias fueron trágicas para los progresistas.

En efecto, el partido progresista, alejado desde entonces del poder, se fue diluyendo y con gran rapidez se inició la labor de desmontar el aparato de gobierno que la Revolución de 1854 había levantado. Así pues, se disolvieron los ayuntamientos y diputaciones provinciales; se suprimió la Milicia Nacional, una institución que no se avenía con el espíritu conservador y militarista del general Leopoldo O'Donnell. Y ya que las Cortes Constituyentes fueron disueltas por real decreto del 2 de septiembre de 1856, quedó definitivamente suprimida la Constitución de 1856, que aunque fue aprobada en el Congreso, carecía de la necesaria real sanción. En definitiva, el espíritu de la contrarrevolución, encarnado en el Gobierno, ganaba cada vez más terreno, y los progresistas, viéndose incapaces de triunfar a través de unas elecciones restringidas y manipuladas, pasarán sus críticas del Gobierno al propio sistema político y a la Corona. De este modo, una nueva generación republicana se irá gestando hasta triunfar el 12 de febrero de 1873 con la proclamación de la República Federal.

Epílogo

El general Leopoldo O'Donnell pretendió acabar con las luchas de los partidos dinásticos; sin embargo, sería desplazado del poder una vez que cumplió esta misión. Su caída resultaba lógica, ya que su partido, la Unión Liberal, era aún muy débil y no se había consolidado al carecer de ideolo-

⁵⁹ Karl Marx se equivocó al afirmar que *la función del Ejército en la política había acabado en España*.

gía y por tener un programa incapaz de lograr el necesario apoyo social. Además, el conde de Lucena participaba de las responsabilidades del bienio progresista, que tanto los moderados como los círculos palatinos rechazaban por completo. En definitiva, la Unión Liberal sólo contaba con los cargos gubernamentales y numerosos políticos que se sumarán al proyecto, a quienes el pueblo con humor y agudeza les llamará *los resellados*. En cuanto al general Ramón Narváez, duque de Valencia, que durante este período se había mantenido alejado por completo de la política, comenzó a conspirar para recuperar el poder, y al regresar a Madrid, se encontró al frente de un partido moderado muy unido y depurado de su ala izquierda.

O'Donnell, al advertir las maniobras de Narváez, dio entonces un giro a su política haciendo concesiones a los moderados. Así, como ya vimos, disolvió a la Milicia Nacional por su pronunciamiento alocado que había derramado tanta sangre, acusándola además de alta traición y de haber atentado contra la convivencia constitucional. Impuso una dura Ley de Prensa. Ahogó definitivamente a la Constitución nonata de 1856, ideal de los progresistas, y el 15 de septiembre restableció la vigencia de la Constitución moderada de 1845 (hasta entonces en entredicho) añadiendo un acta adicional para matizarla y hacerla grata a los progresistas; sin embargo, con ello sólo consiguió el provocar las iras tanto de los moderados como de los progresistas.

Por otra parte, O'Donnell sustituyó en la alcaldía de Madrid al general progresista Valentín Ferraz⁶⁰ por el duque de Alba, un alcalde de mucho mayor postín que hasta entonces había sido un excelente concejal y que gozaba de gran prestigio e influencia al ser cuñado de Napoleón III de Francia. El nuevo alcalde, con gran contento de la Reina, se dispuso a realizar grandes reformas en la capital, como la configuración y arreglo definitivo de la emblemática Puerta del Sol, que ensancharía pero sin que perdiera su aire castizo y doméstico. Además, para agradar a la reina Isabel II y mantener a Narváez lejos de la Corte, O'Donnell le llamó para ofrecerle la embajada que quisiese; no obstante, éste no aceptó ninguna, ya que esto suponría tener que abandonar sus conspiraciones para recuperar el poder.

A cambio de las concesiones que hizo a los moderados, O'Donnell intentó contentar a los progresistas llevando adelante la Ley de Desamortización. El ministro de Hacienda, Cantero, al notar que la Reina estaba en desacuerdo, prometió una compensación de sesenta millones para la repa-

⁶⁰ Valentín Ferraz, general y político español (Anciles, 1793-El Escorial, 1866). Al ganar las elecciones municipales de 1855, sustituyó a José Seco Baldor en la alcaldía de Madrid. Luego fue ministro de la Guerra y presidente del Consejo de Ministros.

ración y reedificación de edificios religiosos, pero la Reina consideró insuficiente esta medida, puesto que lo que realmente quería era la supresión de la ley desamortizadora. Precisamente, ésta será la causa indirecta de la caída de O'Donnell. El ministro de Hacienda quería sacar adelante la desamortización eclesiástica como fuera, ya que supondría un ingreso muy considerable para el Erario Público; sin embargo, el ministro de la Gobernación, Antonio Ríos Rosas, defensor de los intereses de la Iglesia, se opuso tenazmente. Finalmente, Cantero dimitió y O'Donnell, para mantenerse en su cargo, no sólo suspendió la venta de los bienes eclesiásticos, sino que accedió al deseo de la Reina de levantar el embargo que pesaba sobre las propiedades de la Reina Madre, María Cristina. En consecuencia, los moderados lo interpretaron como un gesto de debilidad y pronto se hizo patente que a la Reina le había sentado muy mal el intento de llevar a cabo la desamortización y que deseaba un cambio de orientación política, claramente favorable a su partido.

En los festejos celebrados el 25 de agosto en Madrid para la infanta Amalia Felipe Pilar (séptima hija de Francisco de Paula) con motivo de su boda con el príncipe Guillermo de Baviera, Narváez fue el centro de todas las atenciones de la Reina y O'Donnell fue deliberadamente desplazado. Luego, el día de la onomástica del rey-consorte, Francisco de Asís, la Reina extremó su cordialidad hacia O'Donnell, lo que hizo que Narváez continuara sus presiones con la intervención eficaz de sus aliados: el emperador de Francia y la Reina Madre⁶¹.

La emperatriz de Francia, Eugenia de Montijo, gran admiradora de Narváez, se sumó a la conspiración. Además, los altos mandos del Ejército, con la única excepción del general Serrano, se inclinaban abiertamente por Narváez, ya que sostenían que gracias a él el Ejército había recuperado su dignidad desde 1843, mientras que O'Donnell, aunque luego se arrepintiera, anteriormente se había pronunciado a favor de la aborrecida Milicia Nacional y había derramado mucha sangre de compañeros en las lomas de Vicálvaro en 1854.

Toda esta formidable conjunción de enemigos de O'Donnell ejercía grandes presiones sobre Isabel II, de ahí que cuando llegó la fiesta de su

⁶¹ La Reina Madre tenía una gran influencia sobre Napoleón III a través de sus consejos y experiencias. Odiaba profundamente a O'Donnell por haber compartido gobierno con los progresistas, y también a Espartero, por haberla echado por segunda vez de España. Había llegado a convencer a la reina Isabel II, su hija, de que el trono de España sólo podría salvarse bajo la protección directa de Narváez; aunque en realidad, lo que ocurría era que no podía olvidar el saqueo e incendio de su residencia, el palacio de las Rejas, y el acoso salvaje de la prensa progresista que pedía su enjuiciamiento y condena por malversación y corrupción.

vigésimo séptimo cumpleaños, ya estaba completamente decidida a entregar el poder a Narváez. Si la Reina se había servido de Espartero para evitar la revolución y de O'Donnell para derribar a Espartero, sólo tardó quince meses en servirse de Narváez para deshacerse de O'Donnell. Aquel 10 de octubre de 1857, la Reina asistió por la tarde con toda la Corte a la inauguración del espléndido Teatro de la Zarzuela, construido arriba del Congreso en la nueva calle de Jovellanos⁶². Al regresar a Palacio, la Reina abrió el baile de su cumpleaños con el jefe de Gobierno; sin embargo, en el baile siguiente, decidió no bailar con el vicedecano del Cuerpo Diplomático tal como establecía el protocolo y, adelantándose, lo hizo con Narváez, a quien colmó de atenciones. Todas las miradas se dirigieron hacia O'Donnell por aquel desaire de la Reina y éste comprendió que había perdido el favor real, por lo que presentó su dimisión dos días después. Aquella crisis muy meditada y provocada por la reina Isabel II en una situación propia de una ópera, se llamó *la crisis del rigodón*⁶³. Dejó a Narváez expedito el camino hacia el poder y le convirtió en el relevo del general dimisionario.

Lo que siguió es ya otra historia. La década siguiente (1856-66) se alternaron, el general Narváez, con el apoyo de moderados y absolutistas, y el general O'Donnell, con el de su Unión Liberal, y destacó por la gran proyección de la política exterior española: la guerra de África (1859-60); la anexión de Santo Domingo (1861); la intervención en Méjico, junto a Francia e Inglaterra (1861-62), y la guerra del Pacífico contra Chile y Perú (1864-66). La insurrección de los sargentos en el cuartel de San Gil, en Madrid, alentada por el general Juan Prim (1866), terminó en fracaso; pero la represión llevada a cabo, hizo que la oposición de progresistas, republicanos y demócratas (Prim, Sagasta, Becerra y Ruiz Zorrilla) se organizara para realizar la revolución en el Pacto de Ostende (1866). Tras la muerte de O'Donnell y Narváez, González Bravo quiso continuar con el régimen absolutista, pero el desprestigio de la Corona había llegado a su punto culminante. A la proclama revolucionaria de Topete (1868), se unieron Prim y Serrano, derrotando éste a las tropas reales en Puente de Alcolea. Progre-

⁶² Curiosamente la obra con la que se inauguró el Teatro de la Zarzuela ni fue una zarzuela ni tampoco española, como cabía esperar, sino una ópera italiana: *El Barbero de Sevilla*. Se debió a que Gioacchino Rossini era el compositor favorito de la Reina.

⁶³ Algunos historiadores afirman que la Reina bailó primero con Narváez y no con O'Donnell, su jefe de Gobierno. Sin embargo, parece más convincente que la crisis debió de producirse en el segundo baile, tal como señala Ricardo de la Cierva. Esto tiene más sentido, ya que Isabel II, por cortesía, no debió de negarse a bailar con O'Donnell, lo que hubiera sido una grosería innecesaria: simplemente se saltó el protocolo al bailar el rigodón con Narváez, como un recurso elegante para hacerle ver públicamente a O'Donnell que carecía de su favor y que ya había llegado la hora del duque de Valencia.

sistas, unionistas y demócratas se encontraron luchando juntos contra la dictadura moderada en 1868, e Isabel II, destronada, marchó al exilio y se formó un gobierno provisional encabezado por Serrano, que estableció el sufragio universal y la libertad de imprenta. Se convocaron Cortes Constituyentes y fue promulgada una nueva Constitución (1869) que reconocía la monarquía parlamentaria y la libertad de cultos. Serrano se convirtió en regente (1869-71), mientras Prim constituía el primer gobierno, cuyo objetivo principal era hallar un monarca para el trono español. Fue elegido, por fin, Amadeo de Saboya, que llegó a Madrid (1871) a los pocos días de que Prim fuera mortalmente herido en un atentado. Amadeo I abdicó a los dos años (1873), tras haber intentado reinar con la oposición de isabelinos, carlistas y republicanos. Acto seguido, las Cortes proclamaron la I República (12 de febrero de 1873), que tuvo cuatro presidentes (Figueras, Pi y Margall, Salmerón y Castelar), y fracasó por la explosión de las fuerzas centrífugas del país, que aislaron al régimen de su base popular. El 3 de enero de 1874, el general Manuel Pavía y Lacy⁶⁴ asaltó las Cortes y no necesitó entonces cañones como Serrano, sino tan sólo le bastaron unas pocas bayonetas para poner en fuga a los diputados y acabar así con la I República. Y, curiosamente, el nuevo dictador que se beneficiará con este nuevo ataque a las Cortes será precisamente el general Francisco Serrano Domínguez, aquel general que bombardeó el Congreso en aquella trágica jornada revolucionaria del 15 de julio de 1856⁶⁵.

⁶⁴ Manuel Pavía y Lacy, marqués de Novaliches (Cádiz, 1827-Madrid, 1896). General español. Intervino en la primera guerra carlista. Fue ministro de la Guerra (1847) y Capitán General de Filipinas (1854). El 1868 tomó el mando de las tropas leales a Isabel II y fue derrotado por el general Serrano en Alcolea, lo que supuso el destronamiento de la Reina y el triunfo de *La Gloriosa*.

⁶⁵ Este gobierno continuó la guerra carlista, que había alcanzado una extraordinaria violencia, y acabó con la insurrección cantonalista que había estallado durante la I República. En diciembre de 1874, un pronunciamiento militar, iniciado por el general Martínez Campos en Sagunto y continuado por el general Primo de Rivera en Madrid, proclamó rey a Alfonso XII (1875), hijo de Isabel II. Serrano escapó a Francia y se formó un ministerio-regencia presidido por Cánovas del Castillo. Esta restauración supuso, no sólo el regreso de los Borbones, sino también la vuelta al poder de la misma burguesía agraria latifundista, que dirigió al país en la época moderada, y el retorno del doctrinado (la soberanía reside en el Rey y en las Cortes). El nuevo monarca (1875-85) tuvo como figura destacada a Cánovas, que terminó con la tercera guerra carlista (1872-76) y, mediante la Paz del Zanjón, con la insurrección independentista cubana (1868-78).

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, José Ramón: *Historia política del Ejército Español*. Madrid, 1974.
- ANÓNIMO: *Relación de los sucesos de Madrid de los días 14, 15 y 16 de julio de 1856*. Madrid, 1856.
- BÉCQUER, Jerónimo: *Historia de las relaciones exteriores de España*. Madrid, 1924. Tomo II.
- BERMEJO, Ildefonso Antonio: *La Estafeta de Palacio. Historia del reinado de Isabel II. Cartas transcendentales dirigidas a don Amadeo*. Madrid, 1873. Tomo III.
- BUXO, Joaquín: *Domingo Dulce, general isabelino. Vida y época*. Barcelona, 1962, Tomo I.
- CHRISTIANSEN, E.: *Origins of military power in Spain*. Londres, 1970.
- CIERVA Y HOCES, Ricardo de la: *El Triángulo*. Barcelona, 1990. Tomo II.
- COMELLAS, José Luis: *Los moderados en el poder (1844-1854)*. Madrid, 1970.
- Diario de Sesiones de las Cortes. 1854-1856*.
- DURÁN, N.: *La Unión Liberal y la modernización de la España isabelina (1854-1868)*. Madrid, 1979.
- EIRAS ROEL, A.: *El partido demócrata español (1849-1868)*. Pamplona, 1964.
- FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor: *Cánovas, su vida y su política*. Madrid, 1951.
- FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, Fernando: *Mis memorias íntimas*. Madrid, 1966. Tomo II.
- FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel: *Estudio histórico de las luchas políticas en la España del siglo XIX*. Madrid, 1879-1880.
- GARCÍA VENERO, Maximiano: *Historia de los movimientos sindicalistas españoles*. Madrid, 1961.
- GARRIDO Fernando: *Historia del último Borbón de España*. Barcelona, 1869.
- GIL PECHARROMÁN Julio: "Serrano bombardeó las Cortes", en *Revista Historia* 16. Año VII, nº 72. Madrid. Abril, 1982.
- KIERNAN, V.G.: *La revolución de 1854 en España*. Madrid, 1970. (Edición original, Oxford, 1966).
- LLORCA, Carmen: *Isabel II y su tiempo*. Barcelona, 1971. (Edición original, Alcoy, 1956).
- MARICHALAR, Antonio: *Riesgo y aventura del duque de Osuna*. Madrid, 1930.
- MARTOS, Cristino: *La revolución de julio de 1854*. Madrid, 1854.

- MARX, Carlos y ENGELS, Federico: *Revolución en España*. Barcelona, 1960.
- PALACIO ATARD, Vicente: *La España del siglo XIX*. Madrid, 1978.
- PAYNE, Stanley G.: *Ejército y Sociedad en la España liberal*. París, 1968.
- PÉREZ GARZÓN, J.S.: *Milicia Nacional y revolución burguesa*. Madrid, 1978.
- SANTILLÁN, Ramón de: *Memorias*. Pamplona, 1860.
- SEVILLA ANDRÉS, D.: *La revolución de 1854*. Anales de la Universidad de Valencia. Vol. XXXIII, cuaderno III. Valencia, 1959-1960; Idem: *Historia política de España (1800-1973)*. Madrid, 1972. 2ª edición.
- VILLARRUTIA, marqués de: *El general Serrano, duque de la Torre*. Madrid, 1929.